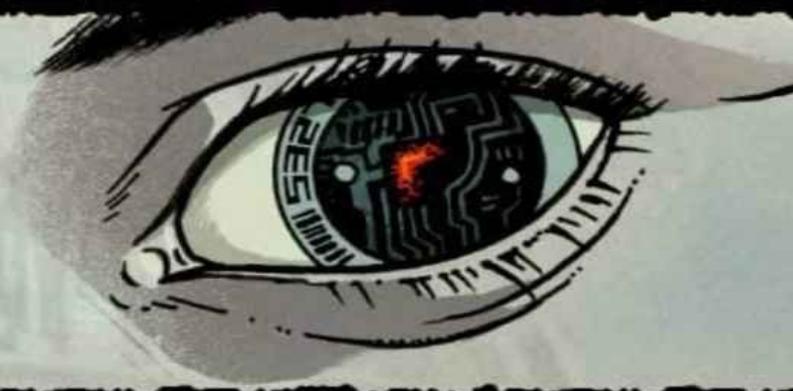
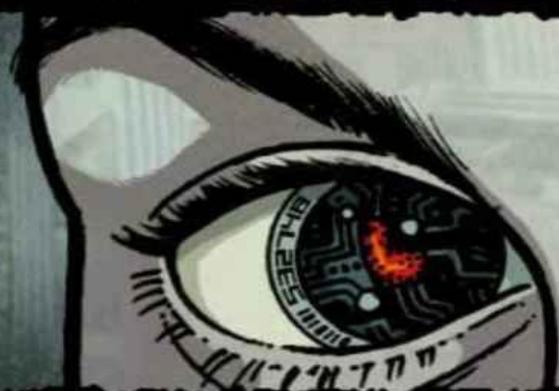


VIRTUAL LIFE

Visión



**MARIO
ESCOBAR**

Virtual Life 1

Visión

Mario Escobar

«La realidad objetiva acaba de evaporarse.»

Werner Karl Heisenberg

«El horizonte está en los ojos y no en la realidad.»

Ángel Ganivet

«Los bulos (hoaxes) que circulan por internet usan la debilidad del ser humano para asegurar su replicación y distribución, utilizan los resquicios del Sistema Operativo Humano.»

Stewart Kirkpatrick

«Nunca confíes en un ordenador que no puedas lanzar por una ventana.»

Steve Wozniak

Índice

[Prólogo](#)
[Primera parte](#)
[Interferencias](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Segunda parte](#)
[Buscando la luz](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Tercera parte](#)
[El paraíso está en el norte](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

El superdeportivo se movía a gran velocidad por las calles de San Francisco (Cúpula 2204), mientras yo sentía la fuerza del motor en la yema de mis dedos aferrados al volante. Los viandantes se lanzaban a un lado y a otro, al tiempo que el Bugatti Veyron 26.9 derrapaba y se subía a una de las aceras de la empinada calle que llevaba hasta el puerto. El sol brillaba sobre la gran cúpula, y yo no quería que aquel momento terminase nunca. Unas luces rojas salieron de un lateral, y cuando miré de reojo por el retrovisor vi que un coche mixto de la policía de la Cúpula 2204 intentaba interceptarme. Pisé el acelerador y salí de la acera de hormigón amarillento para regresar al asfalto apelmazado de fijación inteligente. Los neumáticos parecían celebrar la vuelta a su elemento natural cuando di un volantazo y el Bugatti se puso sobre dos ruedas durante más de cinco segundos. Entonces percibí el primer parpadeo. Fue rápido, como un fogonazo de oscuridad que absorbía la luz, pero enseguida mis ojos contemplaron de nuevo la ciudad. Mi cara sentía el aire cálido y suave de California, al tiempo que la adrenalina parecía estallar en mi cerebro. Algunos llaman libertad a esta sensación; para un chico de quince años como yo es simplemente un juego.

El coche de policía logró ponerse a mi lado. Sus puertas blancas brillaban al lado del chasis negro, y los tapacubos con el escudo de la Cúpula 2204 soltaban destellos dorados. Desde la ventanilla me observó un policía de circulación versión 8.2. Aquel tipo de androide estaba unido al vehículo, como los viejos cochecitos de metal de mi tatarabuelo, pero con sus dispositivos de frenado, disparo o bloqueo podía detener un vehículo si lograba ponerse a un metro de distancia. Por eso aceleré, y mi superdeportivo voló sobre el tráfico que a esa hora llenaba las calles centrales de la cúpula. Entonces se produjo la primera larga desconexión.

Todo lo que había a mi alrededor se convirtió en cuadrículas grandes, como si hubiera llegado al *Game Over*. Los fuertes colores de los edificios dejaron paso a un desolado paisaje de casas medio derruidas, construcciones agrietadas y repletas de grafitis de pigmentos quemados por el sol.

Instintivamente miré hacia atrás. Ya no estaba en mi increíble superdeportivo de color negro y blanco, ni tampoco me perseguía una unidad especial de la policía de la Cúpula 2204. Estaba sentado en una clase en la que se impartían nociones básicas de manejo de matrices para la fabricación de aparatos de aire acondicionado, en una mesa mugrienta, cubierta por frases y nombres de los miles de alumnos que habían pasado por aquella escuela. Delante de mí, el androide de formación *Cum Laude* tenía sus veinte señales wifi conectadas a nuestras terminales de recepción de información. En el año 2134 nadie tenía que memorizar ni aprender nada. La placa base de la zona posterior del cráneo distribuía la información por nuestro cerebro de manera automática, y un niño de cinco años podía tener el mismo conocimiento que un abuelo

centenario.

Miré a mi alrededor, angustiado. Nunca había visto esa aula antes. Que yo supiera, ya había terminado mis estudios básicos y llevaba un año en el Centro de Alta Tecnología Biorrobótica (CATB) de la Cúpula 2204. Aún vivía con mis padres, ya que las leyes de la corporación Life System, dueña de las cúpulas de la costa oeste, no permitían a ningún menor de dieciocho años vivir solo.

Cuando me puse en pie y observé al resto de mis compañeros, todos parecían hallarse en un estado catatónico. Noté que mis piernas fallaban, como si llevara muchas horas sentado. Contemplé mis musculosos brazos, pero, para mi sorpresa, lo único que vi fueron unos rollizos antebrazos y unos hombros caídos, que se disimulaban en parte por mi camisa a cuadros de manga corta.

El androide de formación *Cum Laude* me miró con sus ojos rojos, y con voz metálica me pidió que me sentara. Me sentía tan aturdido que, en lugar de hacerle caso, abrí la puerta de madera desvencijada y salí al sucio pasillo, cubierto de papeles y otros desperdicios. Caminé durante más de diez minutos, hasta que noté que las fuerzas me fallaban. Me sentía mareado y angustiado por aquel deprimente lugar. Antes de llegar a las escaleras me desplomé, y rodé hasta el piso de abajo.

Primera parte

Interferencias

Capítulo 1

La sala de espera de Virtual Life Foundation parecía más el recibidor de un hotel de lujo que una anodina sala de hospital. Mis padres habían insistido en acompañarme, aunque el Transportador 24 me dejaba justo en la puerta del centro. Una de las muchas ventajas de vivir y trabajar en la Cúpula 2204 era que sus habitantes pertenecían a la Clase 1 de trabajadores altamente especializados, lo que les daba derecho a cien días de vacaciones al año, sin contar con los días propios y las fiestas anuales.

Mi padre era Marcos 2234, nacido en la Cúpula 1234, donde había conocido a mi madre en la fábrica de coches de lujo de la costa oeste. Mi madre era Adela 3356, una ingeniera robótica de la que había heredado mi amor por la biorrobótica. Se había criado en la Cúpula 2204, y muy pocas veces había salido de ella.

—No hacía falta que me acompañaseis, ya tengo 5.130 días —refunfuñé al ver que era el único chico que iba con sus padres a la consulta.

—Nos gusta acompañarte —respondió mi madre—. Somos una familia. Puede que el resto se conforme con ver a sus hijos virtualmente mientras cada uno come en su habitación, pero nosotros estamos chapados a la antigua.

Su aspecto juvenil le hacía aparentar apenas treinta años, aunque en realidad ya había pasado de los cincuenta. Una edad muy avanzada en mi mundo para continuar en activo. Solo las personas más cualificadas e importantes para el funcionamiento de las cúpulas retrasaban tanto el momento de la jubilación. La mayoría de los que alcanzaban esa edad eran destinados a las cúpulas de jubilación situadas en el sur del país. Mi madre era una de las ingenieras más importantes de nuestra cúpula, y los *ciudadanos* le habían dado permiso para trabajar durante cinco años más. Lo cierto es que ella lo había pedido para estar más tiempo conmigo y con mi padre, al que le quedaban cinco años para jubilarse. Era un gran sacrificio, ya que los jubilados no tenían que trabajar y eran mantenidos por los *ciudadanos* en las mejores cúpulas del país.

Por eso yo nunca había conocido personalmente a mis abuelos. Lo único que había visto de ellos eran dos figuras holográficas que nos felicitaban las Navidades y los cumpleaños.

—Cuando cumplas 6.570 días, serás adulto y trabajador de pleno derecho —dijo mi padre con el ceño fruncido—. Entonces no tendrás que aguantarnos.

—Marcos, no hace falta que seas tan brusco —replicó mi madre, que siempre terminaba defendiéndome.

Mi padre puso los ojos en blanco y se quedó callado, mientras se nombraba al último paciente por megafonía. Me levanté y contemplé la hermosa vista a través del gran cristal del hospital. Los

bajos edificios de las urbanizaciones ajardinadas brillaban bajo el sol intenso del mediodía. Las piscinas, azuladas, parecían zafiros incrustados en medio del césped. Al fondo se veía el océano Pacífico, cuyas mansas aguas acariciaban las playas de California. Respiré hondo. Aquel era el mejor sitio del mundo para vivir.

Oímos mi nombre por megafonía y recorrimos el pasillo hasta el despacho 12, donde la doctora androide modelo 367 nos recibió con una sonrisa. Por ley, en cada planta del hospital tenía que haber un médico y una enfermera humanos, pero el resto del personal sanitario estaba compuesto por robots y androides. Los primeros se encargaban de las tareas generales y los segundos, de cubrir los puestos de atención médica al público.

—Bienvenidos, Daniel y progenitores. Nos alegra tenerlos en la Virtual Life Foundation — dijo la doctora androide. Tenía una belleza artificial que no podía competir con la humana, ya que estaba anclada permanentemente en el cuerpo de una mujer de treinta años. Además, los androides no dejaban de ser máquinas programadas con muy poca capacidad de respuesta y autonomía.

—Ya saben —continuó— que este centro fue diseñado para servir a los trabajadores de Clase 1 de la Cúpula 2204. Según el informe que me han enviado por telepensamiento, su hijo parece tener periodos de no virtualización. Es un síndrome poco frecuente, aunque hace años tuvimos algún caso. Los nuevos sistemas de lentillas de última generación nunca habían mostrado fallos, pero la tecnología, por ahora, no es perfecta.

La doctora me pidió que entrara en una sala contigua. Mi madre intentó seguirme, pero el androide le advirtió de que era zona restringida, y le impidió el paso.

El androide me indicó que me tumbara en una camilla azul, sobre un soporte metálico, y así lo hice. Después, un gran círculo giratorio bajó del techo. En su interior parpadeaban luces azules en círculos hasta una parte frontal en forma de espejo. Por un momento vi reflejados mis ojos verdes.

—Primero guardaremos en la memoria del ordenador las imágenes no virtuales que viste, para que quede constancia en el informe médico. Después las borraremos de tu memoria. Seguro que no es agradable acordarse de ellas, ¿verdad? —me preguntó la doctora androide con su artificial expresividad.

La idea no me hacía mucha gracia. Las leyes de las cúpulas prohibían extraer información de cerebros humanos; solo estaba permitido integrar conocimientos o mejorar las capacidades cognitivas de los individuos.

—¿No podría dejar las imágenes donde están? —contesté—. La verdad es que no vi gran cosa. Solo unas calles sucias y mis brazos.

—¿Sus brazos?

—Sí, mis manos y mis brazos, pero parecían más gruesos de lo normal —respondí, extrañado.

—Comprenda que las lentillas espaciales pueden haber alterado la proporción o la forma de los objetos que percibe. También puede que haya sufrido algún tipo de interferencia. ¿Qué más

vio?

—Parecía estar en una escuela o un centro de formación —dije, mientras la máquina circular empezaba a girar—, pero solo vi un aula, y después perdí el conocimiento.

—Enseguida arreglaremos esas anomalías, y podrá regresar a casa sin molestias —anunció el androide—. No podemos extirparle las lentillas, ya que forman parte de sus ojos. De hacerlo, corre el riesgo de perder la vista. Pero reconfiguraremos el programa, y de paso aprovecharemos para introducirle una versión más reciente. Por las molestias, Virtual Life le instalará un procesador más rápido y una tarjeta gráfica de última generación, y además le obsequiará con 2.500 juegos. Felicidades —añadió mecánicamente.

Hablar con un androide era como oír un anuncio. Ya no existía la televisión o el cine convencional; nuestros ojos eran los que recreaban el mundo construyendo diferentes historias alternativas, pero los anuncios aparecían por todas partes y según las preferencias del usuario.

La máquina circular empezó a silbar y girar. Me entró un profundo sueño, como si alguien hubiera desconectado mi cabeza. Cuando desperté, mis padres me observaban, angustiados.

—¿Te encuentras bien? Estás un poco pálido —dijo mi madre, que siempre estaba preocupada por mi salud. Todas las mañanas me hacía tomar una ración doble de vitaminas y pastillas que actuaban como vacunas. Lo cierto es que nunca había estado enfermo, y el único dolor que había experimentado era el fuerte pitido que sentía cuando mis ojos empezaban a fallar.

Salimos del hospital y nos dirigimos al aparcamiento superior. Mi padre pilotaba una nave de desplazamiento privado; un lujo, pero él era el encargado jefe de producción de la Cúpula 2204. El coche se elevó sobre el edificio del hospital y contemplé la hermosa cúpula. La luz del atardecer lo cubría todo de destellos violetas. Fuera de las cúpulas, el calor abrasador sacudía los bosques y desiertos que nos rodeaban. La acción de la especie humana en los últimos cien años había alterado el clima hasta dar lugar a veranos e inviernos extremos, sin primavera ni otoño.

Las cúpulas se construyeron hace más de setenta y cinco años, por lo que yo formaba parte de la tercera generación de trabajadores de cúpulas con la misión de proteger y cuidar a la humanidad. En mi familia, el único que había nacido y vivido fuera de una de ellas era mi bisabuelo, pero hacía años que había sido trasladado a la cúpula de jubilación —aunque todos imaginábamos que ya lo habrían desconectado—. Mis padres conservaban las pertenencias de mi bisabuelo en su antigua habitación —Virtual Life solo le permitía llevar una pequeña maleta con una muda, puesto que la compañía proporcionaba todo lo necesario a sus jubilados en su nueva residencia—, algo que estaba prohibido. Por ley, debían haberlas quemado en la incineradora de casa, que expulsaba sus humos fuera de la cúpula.

Me gustaba pasar algunos ratos mirando las viejas cosas de mi bisabuelo, aunque, gracias a mi visión virtual, siempre parecían más bellas e interesantes de lo que realmente eran. Eso, sin embargo, lo ignoraba por entonces.

Cuando llegamos a casa, fui a mi habitación y pasé una desestresante sesión en mi *jacuzzi* de olas, que simulaba un baño marino. Después anulé el sistema wifi y me tumbé en la cama. Saqué el viejo diario de mi bisabuelo de debajo del colchón y empecé a leer. Todos sabíamos leer, aunque nadie lo hacía. En nuestro mundo todo se aprendía a través de imágenes.

El diario de mi bisabuelo estaba redactado en una prehistórica *tablet* Android, un objeto de una época ya lejana en la que se escribía con las manos y no con la mente. Comencé a leer, y apenas llevaba diez minutos cuando una idea me asaltó. ¿No tendría que ver la lectura del diario con mi disfunción? Un mes antes, tras la primera lectura, tuvieron lugar las primeras disfunciones de las lentillas. Ese pensamiento me inquietó, pero poco después estaba tan embebido en la lectura que no me importó correr el riesgo. Al fin y al cabo, la doctora androide me había asegurado que mis ojos estaban bien y que todo estaba arreglado.

La historia de mi bisabuelo y su llegada a la primera cúpula me parecía la aventura más excitante que había descubierto jamás. Mucho mejor que las que vivía a todas horas en mi mundo virtual. Por un momento pensé que la realidad a veces parecía muy apasionante, aunque todo el mundo en la Cúpula 2204 pensara justamente lo contrario.

Capítulo 2

Mi bisabuelo hablaba en su diario de las primeras cúpulas. Al parecer, había sido uno de los empleados que participó en la construcción de estas mastodónticas formas semicirculares diseñadas para proteger a la humanidad de la contaminación y del cambio climático. En su diario describía lo mal que lo habían pasado los empleados y las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse, pero lo que más me impresionó fueron las descripciones que hacía del mundo.

Yo nunca había visto las cosas que él relataba. La ventaja de las lentillas era que la realidad se convertía en algo más bello y emocionante, aunque nunca llegabas a sentir ni percibir las cosas tal y como eran. Para alguien como yo, que nunca había visto un mundo distinto al virtual, eso nunca había supuesto un problema...

No me di cuenta de que me había dormido hasta que abrí los ojos y miré a mi alrededor, a mi habitación de siempre. Había una inmensa cama redonda, algunos pósteres tridimensionales y dinámicos de mis actores favoritos y un armario, a pesar de que nuestra ropa consistía en cuatro prendas a las que virtualmente les añadíamos todo tipo de formas y colores.

Me puse delante del espejo y empecé a repasar mentalmente todos los modelos que tenía archivados. En la última actualización de software, la nueva función podía tener hasta cinco mil diferentes. Los chicos no solíamos perder mucho tiempo con esto. Simplemente elegí unos colores y formas al azar, y luego cogí mi *skate* propulsado. Pasé por la cocina y vi a mi madre preparando los cereales especiales. Tomé un par de cucharadas, me despedí y, al salir a la calle, conecté el *skate*.

Aquel día había escogido un ambiente inspirado en Gotham City, la ciudad de Batman. Cuando mi monopatín empezó a tomar fuerza, disfruté de la sensación de velocidad que me producía el viento en la cara. La ciudad parecía más oscura y nublada de lo habitual. Vi a la gente con la indumentaria de las películas de Batman. Antes de llegar al CATB, ya me había visto envuelto en una fuga del Joker, uno de los enemigos más peligrosos de Batman.

Me sentía muy feliz de que me funcionara de nuevo el sistema. En el CATB de la Cúpula 2204 algunos se habían enterado de mis dificultades, y empezaban a llamarme *Interferencias* o *Cable roto*.

El primero que me esperaba en la puerta era Darius, aunque todos lo llamaban *Recolector*. Llevaba la ropa ajustada, y su gran barriga se escapaba por debajo de la camiseta. No le preocupaba su aspecto, por eso nunca había elegido otro tipo de fisonomía de cara a los demás. Los mechones pelirrojos le cubrían parte de la cara y colgaban por los lados de su gorra negra.

—Tío, ¿se puede saber dónde andas? —preguntó *Recolector*—. Hoy nos van a hablar del

nuevo proyecto de androide. Al parecer es tan humano que apenas se puede distinguir de uno de nosotros.

Lo miré con indiferencia. Mi amigo podía ser muy gruñón. Se pasaba todo el día destripando aparatos inservibles, reliquias que ya nadie usaba, pero que para él eran un tesoro. Ninguno de los dos habíamos usado habitualmente nunca ordenadores, consolas, móviles o cualquier tipo de aparato electrónico, pero a él le gustaba arreglarlos y ponerlos en marcha. Desde hacía décadas toda la información estaba en Odesa, y nuestros ojos y nuestra mente eran el único hardware que existía en el mundo.

—Ayer tuve otro problema con los ojos —dije—. Vi cosas muy raras. Nunca podrías creer que esta ciudad apesta de veras.

—Eso es absurdo —contestó—. Todo el mundo sabe que vivimos en una de las mejores cúpulas de la Tierra. Solo las de los jubilados, que suelen estar situadas a orillas del mar, son mejores que esta.

Empujamos las puertas giratorias y entramos a buen paso. Yo tenía configurado el CATB como si fuera una escuela de los años sesenta del siglo xx; me encantaba ese tipo de ropa, el peinado de la gente y la ropa que usaban. A veces, incluso, lo ajustaba en formato *Grease*, y todos empezaban a bailar de repente —profesores incluidos.

Cuando llegamos a clase, nos estaban esperando sentadas Reb, Norma y Coco. Desde hacía un año habíamos empezado a salir con chicas. Hasta ese momento, *Recolector* y yo habíamos sido lobos solitarios, inmersos en nuestro mundo de aparatos electrónicos y juegos. En ocasiones soñábamos con vivir en la Cúpula 1, la de los artistas, para crear nuevos y sofisticados androides. Nuestro mundo era demasiado pragmático; no había mucho lugar para la extravagancia o la sofisticación.

En clase éramos algo más de una docena de alumnos. Casi todos pertenecían al grupo de Marcus, un tipo insoportable que por ser el capitán de Fútbol Fly se creía el centro del mundo.

Coco me miró con sus grandes ojos azules. Parecían tan claros y luminosos que podía verme reflejado en ellos. Desde hacía unas semanas sentía una especie de cosquilleo en la tripa cada vez que cruzábamos las miradas. Nunca había experimentado nada así por nadie, pero no quería ni pensar de lo que supuestamente se trataba.

—¡Por favor, siéntense! —dijo la diseñadora de androides.

Aquella era una de mis clases favoritas. Me encantaba utilizar los lápices ópticos o mis propios dedos para diseñar sobre las *tablets* flexibles. Saqué de mi bolsillo la *tablet*, la desdoblé y la puse sobre la mesa.

Mis compañeros tardaron un par de minutos en tranquilizarse. Sin duda, nuestro mundo era demasiado excitante para poder recuperar el control rápidamente. La mayoría estaba viviendo una historia emocionante, corriendo alguna carrera o introducido en algún juego de obstáculos.

—Durante la próxima hora no podrán jugar ni desdoblar su mente ni manipular las imágenes que procesemos. Activo en este momento el inhibidor cerebral —dijo la profesora, pulsando un botón de su *tablet*.

Conocíamos algunos trucos para evitar el inhibidor. Por eso, la mayoría grababa la información de la profesora con su programa de memoria, sin molestarse en aprender nada. Yo prefería escuchar la explicación y pensar. Me gustaba sentir que la idea se formaba en mi mente, construyéndose paso a paso, hasta cobrar pleno sentido. *Recolector* era como yo; los demás preferían pasar su tiempo conectados a videojuegos o películas.

—Ayer les envié por telepensamiento los apuntes y dos ejercicios de diseño —dijo la profesora—. Por favor, envíenme ahora sus bocetos.

Antes de leer el diario de mi bisabuelo había dedicado algo de tiempo al diseño. Mi idea era crear un androide que envejeciera como los humanos, y que pasara por varias etapas: desde los quince hasta los sesenta años. El proyecto se me había ocurrido al pensar en los androides sustitutivos que la compañía enviaba a las personas que habían perdido a un familiar directo, un esposo o una esposa. Para esas familias era frustrante ver que seguían envejeciendo, mientras el androide mantenía el mismo aspecto que había tenido la víctima al fallecer.

—Muy original —alabó la profesora al recibir mi boceto en el cerebro.

Los alumnos vimos mentalmente los bocetos del resto de los compañeros, aunque nunca faltaba el típico gracioso que enviaba una sorpresa mental o una broma. La que más me sorprendió fue la idea de Coco. En cuanto empecé a procesar el dibujo, me di cuenta de que su diseño estaba relacionado con miembros sustitutivos para personas que habían sufrido algún tipo de accidente. Aunque el diseño más original y simpático de todos era el de Norma, que había creado unas mascotas robóticas muy graciosas.

—La mayoría de los bocetos son muy originales, y sobre todo veo que han realizado un buen uso del programa Creador —dijo la profesora—. Dentro de poco no habrá nada que no podamos reproducir, igualar e incluso superar. No hará falta ni la implantación de lentillas, puesto que los bebés ya nacerán con los ojos programados y el software preinstalado.

Después de cada hora de clase teníamos dos de descanso, según las estrictas normas para la educación efectiva. Siempre podíamos quedarnos en el patio tranquilamente charlando de nuestras cosas; en la cúpula las lluvias estaban programadas por la noche, con el fin de que no causaran molestias en la población.

Salimos al hermoso jardín del CATB, que estaba inspirado en los modelos japoneses. Durante la mañana pasaba del invierno a la primavera y luego al verano, para terminar en el otoño antes de que regresáramos a casa. El programa de aceleración de los procesos naturales podía asegurarnos cosechas cada veinticuatro horas, además de frutos excepcionalmente buenos. Aunque la mayoría de la gente prefería los alimentos químicos.

Nos sentamos en el mismo banco de todos los días, y en cuanto dejamos de hablar de los diseños Coco me preguntó cómo me había ido en el hospital.

—Ya estoy acostumbrado —dije—. Desde que nací he estado allí media docena de veces, aunque nunca había recibido una interferencia tan larga.

—He oído que son las personas quienes producen esas interferencias de manera intencionada —dijo Reb. Sus ojos rasgados parecían dos cortes de navaja sobre sus pómulos prominentes.

—Son rumores, pero nadie ha visto ni conocido nunca a ningún rebelde —aclaró Norma.

—Actúan de manera clandestina, así que no creo que vayan por ahí diciéndole a la gente que son rebeldes —bromeó Coco.

Todos nos echamos a reír menos Norma, que frunció el ceño y durante unos minutos permaneció callada, como si quisiera castigarnos con su indiferencia.

—¿Qué viste? —preguntó *Recolector*.

—Nada del otro mundo —contesté—. Bueno, del otro mundo sí era. La realidad que nunca vemos.

—Yo intenté poner una vez el modo realidad en mi mente, pero se bloqueaba —dijo Coco.

—Al parecer, hace cuarenta años se prohibió el modo realidad —explicó *Recolector*—. La única razón para la prohibición fue que la realidad es siempre subjetiva y no le suele gustar a nadie.

—Pero eso nos quita libertad —dijo Norma.

Todos la miramos, nerviosos. Sabíamos que sus ojos estaban conectados a Odesa, el Gran Ordenador, y que había ciertas palabras prohibidas. Las llamaban las palabras «tabú». Aunque la lista era bastante larga, se referían a cuestiones como libertad, independencia, justicia, solidaridad, compasión... Eran consideradas nocivas para el sistema, ya que habían provocado problemas a la humanidad en el pasado.

Cuando estudiábamos la historia de la República, casi nunca se hablaba del periodo anterior a las cúpulas. En el caso de que se hiciera una breve referencia, siempre se enfatizaba que las culturas anteriores casi habían destruido el planeta debido a la contaminación, las guerras, el hambre y las ideas políticas. Desde la creación de las cúpulas estaba prohibido hablar de política, o expresar quejas o disconformidad con el sistema. Según los *ciudadanos* que dirigían el mundo, las cuatro clases o categorías disfrutaban de mucho tiempo libre, no precisan de dinero ni tienen que comprar, alquilar o vender nada. El Estado tutela nuestra vida, desde que nacemos hasta que morimos. El lema de la República es: «Todos tratados como iguales, todos valorados como diferentes».

—No me refería a la libertad política; simplemente quería decir elección —añadió Norma para enmendar su error.

La única manera que teníamos de pensar libremente era cuando activábamos el proceso de

desconexión parcial. Este modo de operar era el que empleaban los doctores cuando arreglaban algún desajuste, y tenía como misión impedir que nos bloqueáramos, repitiéramos recuerdos o mezcláramos ideas. Solo podíamos usarlo diez minutos al día. Prolongarlo más tiempo era peligroso.

—Será mejor que regresemos a clase —dije. Aunque quería contarles con detalle lo que había visto, temía las represalias de la policía del pensamiento.

Cuando la jornada de estudios terminó, regresé a casa en mi *skate*, aunque una idea seguía rondando por mi cabeza. Intentaba no pensar mucho en ello, para que no saltara ninguna de las señales de alarma de pensamientos propios. Pero en cuanto llegué a casa, subí a mi cuarto y desconecté durante unos minutos mi cabeza.

Primero intenté reproducir lo que había visto. No era mucho, pero tal vez me diera la pista que necesitaba para poder imaginar el mundo en el que vivió mi bisabuelo. Un lugar con olores, colores y percepciones diferentes.

La primera imagen que me vino a la mente fue un mensaje que parecía reproducido en muchas de las fachadas de los edificios. Decía: «Pimeangi Siana». No parecía tener sentido. En otros lugares el mensaje era otro: «Moej Nostiras». Intenté cambiar el orden de las palabras, pero el resultado carecía también de sentido. De atrás hacia delante, cambiando el orden de vocales y consonantes... Hasta que descubrí su significado.

Los que habían pintado aquellos mensajes habían mezclado dos palabras, intercalando las letras. Algo simple. La primera frase decía: «Imagina/Piensa» y la segunda: «Ojos/Mentiras».

No había duda de que aquella era la prueba de que los rebeldes existen, pensé un momento antes de que sonara la alarma; estaba rebasando el límite de desconexión.

Las únicas imágenes que me habían llamado la atención, de las pocas que recordaba además de las pintadas, eran aquellas en las que se mostraba el aspecto de los sitios. Podía entender que no se arreglaran mucho las cosas que de una manera u otra nunca serían vistas con los ojos reales, pero aquellas imágenes me inquietaban. Deseé que mis ojos no fallaran nunca más. Tenía miedo de lo que se escondía detrás de ese gran escenario virtual creado para que viviéramos en él. ¿De qué servía conocer la verdad? ¿Por qué descubrir algo que realmente no podía cambiar? Prefería seguir tan ciego como los otros, intuyendo que las cosas no eran como nos las habían contado. Pero también deseaba estar equivocado.

Aquel día cené en silencio. Mis padres y yo nos sentábamos a la mesa juntos, pero no hablábamos. Mi madre estaba viendo un programa de postres en su mente, mientras mi padre repasaba los últimos modelos de coches. Aquella noche, simplemente, activé algunos escenarios virtuales para sentir que estaba cerca de los fabulosos bosques del norte de California. Nuestra cúpula se encontraba a las afueras de la antigua ciudad de San Francisco, pero lo único que había fuera —o, al menos, era lo que nosotros percibíamos— era un desierto inhóspito.

Cuando volví a mi cuarto, programé los sueños que quería disfrutar esa noche. Todos tenían una temática de superhéroe. Gracias a la actualización que me habían hecho el día anterior, poseía montones de programas nuevos con música, películas, recuerdos de viajes, juegos y libros de imágenes. Me gustaba verme como alguien que salvaba al mundo, aunque sabía que solo era un chico de quince años que salía con un pequeño grupo de amigos para pasar las tardes hablando de tonterías. Mi vida era monótona y tranquila. Pero algo estaba a punto de cambiar.

Capítulo 3

Aquella noche fue la más extraña de mi vida. Me desperté varias veces con pesadillas. Sabía qué eran las pesadillas, porque las habíamos estudiado en el colegio. Pero, naturalmente, nunca había tenido una. Todos programábamos nuestros sueños cada noche o nos limitábamos a activar perfiles de sueños para que nuestra mente los emitiera en nuestro cerebro aleatoriamente. Sin duda mi sistema estaba infectado; la visita que hice al médico un par de días antes no había servido para nada.

Me senté, sudoroso, en la cama. Se conectó la música y una voz mecánica empezó a anunciarme las actividades del día, aunque mi mente continuaba obsesionada con las imágenes de las pesadillas de aquella noche.

La primera pesadilla fue muy corta. Me vi a mí mismo caminando por un pasillo muy largo, pero no parecía yo. Era más bajo, y más gordo. El pasillo estaba sucio. Había desconchones en la pintura de las paredes y no se veía ningún anuncio virtual ni luz parpadeante. Unas luces tenues y frías eran las únicas que iluminaban aquel pasillo sin fin. Al fondo había una puerta roja, de madera, con un cerco elegante y un brillante pomo dorado. Estaba recién pintada y brillaba, en contraste con el resto del pasillo. Giré lentamente el pomo y vi una intensa luz al otro lado. Pero en ese momento el sueño terminaba.

El segundo sueño fue más largo y complejo. En él vi a cientos de miles de personas sentadas, trabajando. Parecían fabricar piezas de androides. Vestían ropas grises, que me recordaron a los uniformes de presos que había visto en una de mis clases de historia... aunque aquello parecía estar ocurriendo dentro de la cúpula en la que vivía. En el sueño reconocía a algunas personas: compañeros, amigos, vecinos.

En unas mesas aparte vi a otros obreros, que parecían ocupados en un trabajo más especializado. Me acerqué y reparé en dos de ellos, que no eran sino mis padres. A pesar de estar a medio metro de distancia, parecía que sus ojos, fijos en el horizonte, miraban algo que yo no llegaba a ver. Les hablé y les grité, pero no reaccionaron. Entonces sonó una sirena, un sonido parecido al que hacían los relojes, como llamaban a las horas marcadas cada día. Todos se pusieron en pie y salieron formando grandes filas. Movido por la curiosidad, seguí a la multitud. No tuve que esperar mucho tiempo para ver qué pasaba en realidad. Aquellos obreros se detenían frente a un gran precipicio, pero, como no dejaban de llegar más y más personas que empujaban a los que se encontraban en primer lugar, poco a poco todos nos acercábamos al borde. Los primeros empezaron a caer al vacío; lanzaban horribles gritos mientras caían. Y el coro aumentaba. Primero decenas de personas precipitándose al vacío, después cientos, luego miles.

Mientras aquellos obreros me empujaban y me dirigían inevitablemente al abismo, no dejaba de pensar en mis padres, amigos y abuelos. Entonces alcé los ojos y allí, a unos pasos delante de mí, los vi a todos. Caían a un vacío terrible. Y en ese momento me desperté.

Mientras recordaba todo esto bajo el agua de la ducha, mi cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que estaba sucediendo. Tenía que buscar a otros que estuvieran en las mismas circunstancias que yo. Pero ¿dónde? Ver las cosas por uno mismo, soñar o tener pesadillas eran actos ilegales, a no ser de forma programada, y mi deber era informar a los doctores. Pero sabía que de alguna manera el destino me había elegido. No era casualidad que mis ojos vieran lo que otros no veían.

Mientras me vestía, conecté de nuevo el analizador de pensamientos. Últimamente pasaba mucho tiempo en modo privado, y temía que eso alertase a las autoridades. Después bajé a desayunar.

Mi madre era la única que estaba en casa. Aquel día le había pedido un desayuno primitivo, con huevos, pan y beicon, y mientras lo preparaba no dejaba de leer en su mente la prensa del día. Cuando entré en la cocina, se desconectó y miró mi rostro ojeroso. No era normal ver caras cansadas, con defectos o semblantes tristes; enseguida se preocupó por mí.

—¿Qué te pasa, hijo? —preguntó de manera mecánica—. No tienes buena cara. Espero que hayas descansado bien. Esta noche es la fiesta anual de la cúpula y estamos invitados. El doctor jefe dará su tradicional discurso y habrá un poco de diversión y baile.

—Preferiría no tener que ir —contesté, inclinando la cabeza sobre mi desayuno.

—Debes ir —dijo con el ceño fruncido—. Allí estará toda la buena gente de la cúpula. No todos los años tenemos el privilegio de que nos inviten.

—Me duele la cabeza. No he dormido bien. He tenido pesadillas horribles.

—¿Pesadillas? No puedes tener pesadillas. Los sueños están programados.

—Pues he tenido dos, y te aseguro que han sido terribles. Parecíamos esclavos que al final caíamos por un abismo...

Con un gesto, mi madre me interrumpió. Su rostro reflejaba miedo y angustia.

—No me cuentes más. Soñar y tener pesadillas es ilegal. Tienes un programa de sueños instalado. Hace mucho tiempo que los doctores descubrieron que el inconsciente es muy peligroso, además de caótico y repleto de temas improductivos. Por eso ahora tenemos programadores de sueños. Los doctores quieren nuestra felicidad; esperan que vivamos vidas plenas y felices. En nuestro mundo no existe la enfermedad ni el dolor ni la pobreza ni la injusticia.

—¿Todos somos iguales? Entonces, ¿por qué hay cúpulas mejores y otras peores? Cada uno de nosotros está en una categoría o clase. La vida de quienes tienen la Clase 1 no es la misma que la de quienes tienen la Clase 2. Además, no sabemos casi nada de los *ciudadanos* ni de cómo son sus cúpulas. En cierto sentido todos trabajamos para ellos.

Mi madre se colocó entonces en modo desconexión, y yo la imité. Me miró fijamente a los ojos antes de seguir hablando.

—¿Te has vuelto loco? Si sigues hablando de esa manera, te detendrán y acabarás en un centro de reeducación. Dices las mismas cosas que tu bisabuelo, ¿no estarás en contacto con él? Imagino que te ha contado eso de que ayudó a construir las primeras cúpulas y lo maravilloso que era el mundo antes, ¿me equivoco? Pero esa no es la verdad. El mundo era un lugar horrible y pobre en el que la gente se mataba. Ahora vivimos en paz, tenemos más de lo que necesitamos y podemos optar a una jubilación tranquila. ¿De qué sirve pensar tanto? Las cosas son como son, y será mejor que las aceptes cuanto antes.

Nunca había visto a mi madre tan nerviosa. Entendía el peligro que podía correr si trataba de averiguar lo que estaba pasando, pero era consciente de que, en cierto sentido, había sido elegido para llegar más lejos que los demás habitantes de la cúpula. Si ellos se conformaban con una vida anodina, virtual, en la que su personalidad quedaba completamente anulada, yo no estaba dispuesto a seguir ese camino.

—Intentaré portarme bien, pero necesito saber la verdad.

—Mañana volveremos al hospital para que revisen tu sistema otra vez.

—¿Y si es defectuoso? ¿Me arrojarán a la basura como un androide viejo?

—Los doctores nos cuidan; nunca he visto que se desechara a nadie o que fuera arrojado a la basura.

Ya, pensé para mí. Eso es porque solo ves lo que ellos quieren que veas.

Mi madre conectó de nuevo su mente a la central y se puso un programa de entretenimiento mientras se dirigía al coche. Yo cogí mi *skate* y recorrí las calles de la ciudad con una idea fija. Después de salir del CATB buscaría a alguien que estuviera viviendo lo mismo que yo. Seguro que no era el único, pensé mientras rodaba a toda velocidad. Me acordé del comentario que una vez me hizo un compañero de clase: «En el museo hay más respuestas de las que podemos creer. Solo hay que mirar las cosas de manera diferente».

Aquella misma tarde iría al museo.

Capítulo 4

Dudé mucho antes de pedirle a *Recolector* que me acompañara al museo aquella tarde. No veíamos las cosas de la misma forma y tampoco quería ponerle en peligro; a veces, sin embargo, nuestras decisiones afectan a las personas que más queremos. Y no podía negar la realidad que mis ojos defectuosos estaban descubriendo. Además, una visita al museo no podía hacer mal a nadie, pensé mientras salíamos de clase.

—¿Te vienes al museo? —pregunté a *Recolector*.

—¿Al museo? No voy desde que tenía cuatro o cinco años —contestó, indiferente.

—Necesito investigar una cosa —aclaré, sin entrar en detalles.

—¿Qué? No recuerdo que nos hayan mandado ningún trabajo.

—No es eso. Se trata de algo que tengo que ver por mí mismo. Pero si no quieres venir, no pasa nada —añadí, algo molesto.

—Tío, no te pongas así. Solo me extraña que de repente te entre ese interés por los museos.

Cogimos el autobús que iba al centro. Los autobuses no tenían ventanas, sino pantallas que reproducían lo que cada pasajero quisiera ver. Por eso apenas conocíamos nuestra ciudad. Nos llevaban de un lado al otro ignorantes de lo que sucedía a nuestro alrededor.

Nos sentamos en la parte de atrás. Todos los pasajeros parecían hipnotizados, absortos en las pantallas. Cerré los ojos y me desconecté durante unos minutos. Después levanté de nuevo los párpados. Aquel autobús parecía un trasto viejo y sucio; lo único real eran los pasajeros y las pantallas. El olor era insoportable, y hacía mucho calor. Miré a mi amigo, pero parecía completamente extasiado. Su rostro reflejaba lo lejos que se encontraba de aquella realidad. Después me giré y me sorprendió ver un pequeño agujero justo debajo de la pantalla que estaba a mi lado. Me asomé, y la luz del día me deslumbró por unos segundos. La tarde era luminosa y apenas había nubes en el techo de la cúpula. Luego observé las calles. Me sorprendió ver en ellas pobreza y decadencia. La gente se movía como robots por las avenidas y los bulevares. Mientras, la basura se amontonaba en los callejones a la espera de que alguien la recogiera. La mayoría vestía con andrajos, aunque caminaban como si fueran modelos de una pasarela. Nadie hablaba. Nadie saludaba a nadie. Eran individuos solos, aislados en su mundo de ensueño.

Al llegar a nuestra parada, bajamos del autobús. Yo seguía viendo la realidad, mientras que mi amigo parecía disfrutar de un día más de felicidad programada. Me pregunté si era mejor continuar engañado o asimilar la realidad de la pobreza, el dolor, la enfermedad y la fealdad del mundo.

—¿En qué piensas? —preguntó *Recolector*.

—Anoche tuve una pesadilla. El mundo parecía menos alegre y placentero que de costumbre. Por eso quiero investigar unas cosas en el museo. No te puedo pedir que desconectes el modo virtual porque no solo es ilegal, sino que tus ojos no pueden hacerlo. Pero sí que estés en modo apagado. No escuches música, no juegues ni tengas pensamientos externos.

—Está bien, aunque eso parece muy aburrido. Solo estoy en ese modo cuando arreglo algún cacharro, pero sin apagar la música. Dicen que una vida sin una buena banda sonora no es nada —dijo *Recolector* con una sonrisa.

—¡Seguro que podrás soportarlo media hora! —exclamé, satisfecho.

Nos detuvimos frente al museo. El recuerdo que tenía de él aún me impresionaba: un colosal edificio de estilo neoclásico, con grandes columnas corintias y un frontón en el que se podían ver las caras talladas de los antiguos héroes de la patria. Pero el edificio que tenía delante era un gigantesco almacén. Su fachada, lisa y sin ornamentos, tenía la pintura desconchada, y de ella pendía un viejo cartel roto con la palabra «Museo» impresa. Entramos por la enorme puerta metálica, y un androide vestido con traje azul nos salió al paso.

—Bienvenidos. ¿Visita concertada? —preguntó con su voz monótona.

—No. Se nos ocurrió de repente —contesté.

—Lo normal es programar las visitas telemáticamente. Los visitantes necesitan un interpretador para los contenidos.

—Solo queremos dar un paseo.

—¿Un paseo? Es algo anómalo. Nadie viene a dar paseos al museo.

—No es ilegal, ¿verdad? Pues no tenemos mucho tiempo para discutir. ¿Nos envía el plano y el manual? —repliqué. Sabía que los androides no podían impedir el paso a un humano a ningún sitio, a no ser que estuviera haciendo algo ilegal.

—Está bien. Disfruten de la visita —dijo el androide. Después nos envió telemáticamente los planos y volvió a su estado de reposo.

Al entrar en la inmensa sala me sorprendió la cantidad de obras de arte que había desperdigadas por el suelo. Todo estaba tirado, con descuido. Vimos estatuas clásicas; la mayoría rotas. También dos o tres grandes cuadros que colgaban de las paredes pintadas con estuco. Las goteras habían estropeado el color de los lienzos, pero se podían ver bien las escenas que representaban.

—Es estupendo, tal y como lo recordaba —dijo *Recolector*.

—¿Qué ves?

—Lo mismo que tú, ¿no? Esta sala es increíble; parece un viejo palacio repleto de maravillosas obras de arte. Fíjate en las estatuas de mármol, la reproducción de ese cohete espacial, la maqueta de la batalla de Gettysburg. Estoy impresionado. No entiendo por qué no hemos venido antes —dijo mi amigo, sin poder contener su entusiasmo.

—¿Qué pensarías si te dijera que lo que yo veo aquí es muy diferente?

—Tendrás una configuración distinta. Ya sabes que todo es según el programa con el que se mira...

—Muy gracioso —dije, haciendo una mueca.

—Vale, ¿me vas a contar qué ves?

—Todo está roto, tirado y abandonado. No creo que a nadie le importe lo que está pasando realmente aquí. Ni siquiera lo que está sucediendo en esta cúpula.

—¿Por qué dices eso?

—Veo las cosas como son, sin filtros virtuales —dije, algo desanimado. Era muy difícil ser el único que podía percibir todo tal y como era en realidad.

—¿Por qué iban a hacer eso los doctores? No tiene sentido. Vivimos en la mejor sociedad de la historia. No hay pobreza ni delincuencia ni crímenes ni desigualdad...

—Esa es la fachada, pero los doctores trabajan para los *ciudadanos*. Y nadie ha visto nunca a ningún *ciudadano*.

—Esta noche, en la cena, puede que haya uno. Me lo ha dicho mi madre.

Lo miré, sorprendido. De ser cierto, sería la primera vez que un *ciudadano* viniera a visitar nuestra cúpula; androides y doctores llevaban a cabo todo el trabajo administrativo y sanitario.

—Será mejor que echemos un vistazo a todo esto antes de que el androide informe a alguien y nos obliguen a irnos.

—¿Qué buscamos exactamente?

—Algo que nos dé una pista: ¿cómo se empezaron a construir las cúpulas? ¿Por qué surgieron las Leyes Virtuales? Ese tipo de cosas...

Examinamos durante un rato la sala de Prehistoria. Era fascinante ver que unos siglos antes la gente utilizaba cosas como una pala, un teléfono móvil o una sartén. Ahora todo estaba robotizado. Prácticamente solo teníamos que pensar lo que queríamos para que se hiciera solo al instante.

La siguiente sala estaba dedicada a la Tercera Guerra Mundial. Después de las dos primeras se pensó que el ser humano no volvería a caer en un error tan grande, pero parece que como especie somos absolutamente imprevisibles. Según contaba el manual, y se mostraba en un par de vídeos anticuados, la guerra se desencadenó debido a la escasez de agua. Por la alta contaminación de la atmósfera, el clima se había convertido en un infierno. Las altas temperaturas habían terminado con gran parte de los bosques y selvas. Apenas quedaron tierras fértiles ni agua potable. La población mundial se redujo en tres cuartas partes. Se crearon ciudades-Estado. Estados Unidos, nuestra amada nación, desapareció por completo. Afortunadamente, en California vivían las mentes más desarrolladas del mundo. Las empresas crearon un prototipo de cúpula que podía recuperar la vida y protegernos del clima. Los *ciudadanos*, conocidos al principio como los «*ciudadanos* de Silicon Valley», habían levantado la primera cúpula cerca de Los Ángeles.

Después construyeron otras muchas por todo el país.

—Es fascinante la historia de nuestros padres fundadores —reconoció *Recolector*.

—Sin duda nos salvaron la vida. Pero no sé si tenían en mente convertirnos en adictos a sus juegos, películas y mundos virtuales. Mira, aquí habla de las famosas Leyes Virtuales y de la Constitución —dije, señalando unos documentos virtuales que aparecieron en un mostrador acristalado.

—«Nosotros, los *ciudadanos*, creemos que todos los hombres tienen derecho a ser felices. Conseguir esa felicidad para todos es deber del Estado; para ello, cambiando el ritmo natural de las cosas, nos vemos en la obligación de crear un mundo virtual más humano, más justo y más próspero. En consecuencia, los *ciudadanos*, fundadores de esta nación nueva, ponemos en vigor las Leyes Virtuales...» —leyó *Recolector*.

Todos estábamos obligados a memorizar el preámbulo de la Constitución, aunque con nuestros programas memorísticos no era algo complicado. Las leyes estaban supuestamente al alcance de todos, pero la mayoría solo conocíamos algunas normas claras sobre el pensamiento libre, soñar sin estar programado o ver la realidad.

—«Para que el mundo que hemos creado sea completamente perfecto nos vemos obligados a impedir la desconexión —siguió *Recolector*—. La desconexión distorsiona la realidad más que el mundo virtual, ya que cada ser humano tiene una visión relativa de las cosas. Cuando pensemos igual y veamos todo de la misma manera, seremos verdaderamente libres. Los niños recibirán el implante de la retina tras su nacimiento. Desde sus primeros días verán el mundo virtual, y quedarán libres del horror y el sufrimiento de los que hemos visto la realidad de la vida...».

—No me acordaba de todo esto, aunque seguramente lo hemos dado en el colegio. Pero juraría que en las nuevas versiones de software ya no aparece esta información.

—Bueno, ya has podido ver que las intenciones de los padres fundadores eran buenas. Buscaban nuestra felicidad.

—Vale, pero ¿qué sucedería si alguien quisiera no la felicidad de la gente, sino enriquecerse a nuestra costa? Podrían tener a cientos de miles de personas dispuestas a hacer lo que ellos quisieran; personas que no se quejarían jamás.

—Eso es absurdo. Puede que no veamos la fea realidad, pero somos conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor, de lo que sucede en este instante.

—¿Estás seguro? Quizá podamos hacer lo que queramos durante unas horas al día y el resto del tiempo estemos trabajando para ellos.

—¿Para quién?

—Para los *ciudadanos*. Puede que esos androides estén aquí para vigilarnos y no para servirnos.

—Creo que te estás volviendo loco —contestó mi amigo, frunciendo el ceño.

Sin duda, mis explicaciones comenzaban a confundirlo y ponerle nervioso.

—Veamos cómo se construyeron las cúpulas y dónde —concluí.

Observamos el gran mapa virtual en el que aparecían los antiguos Estados Unidos de Norteamérica. La mayor parte estaba en negro, menos las cúpulas que se encontraban en los territorios de California, Nevada, Nuevo México y Arizona.

—Casi todas las cúpulas tienen la misma colocación —dije—. Cinco cúpulas, cada una asignada a un nivel. La cúpula de categoría o nivel 5 es la más grande y la de nivel 1, la más pequeña. Las de los *ciudadanos* aparentan tener el nivel 5, pero apenas deben estar pobladas.

—¿Quién designa la categoría de los *ciudadanos*?

—Los descendientes de los padres fundadores. Aquellos jóvenes empresarios que fundaron las mayores empresas tecnológicas y crearon las redes sociales en la Prehistoria.

—¿Qué hay en todo ese territorio? —preguntó *Recolector* señalando las grandes extensiones en negro.

—Según los doctores, nada —respondí, mientras observaba el rostro sorprendido de mi amigo—. Todo está muerto. Animales, plantas y personas han desaparecido. Nada puede sobrevivir fuera de las cúpulas. Cuando la gente se desplaza de una cúpula a otra, algo que no sucede casi nunca, viaja en trenes de alta velocidad a través de los tubos. También hay naves nodrizas y otras más pequeñas, pero no sé mucho sobre eso. Mi padre se ocupa de diseñar esos aparatos.

Cuando llegamos a la última sala, vimos lo que en otra época se llamaba «enemigos del Estado». Personas que no aceptaban el sistema o deseaban destruir las cúpulas. También se los llamaba *relatores*, pero apenas se sabía nada de ellos. Y entonces reparé en ello.

—¿Lo puedes ver? —pregunté a *Recolector*.

—No. ¿Qué ves? —respondió, intrigado.

—Junto al monitor hay unas inscripciones: ALAL A.33.7866 LALO 118.2987.

—¿Qué es eso?

—No sé; imagino que significa algo. Tendremos que utilizar nuestro programa de cálculo.

—Si es algo prohibido, hazlo mejor a mano.

—Cierto.

—Y deberíamos irnos ya. Esta noche es la fiesta —dijo *Recolector* mientras recogía su mochila.

—Tengo la sensación de que apenas hemos descubierto una pequeña parte del *iceberg*, así que lo más importante está aún por salir a la luz —dije mientras salíamos del edificio.

Aún no era consciente de que, a veces, la verdad puede ser muy dolorosa.

Capítulo 5

No podía apartar de mi cabeza la serie de letras y números que habíamos descubierto en el museo. Para no dejar rastro mental había utilizado un viejo bolígrafo, y en una esquina del diario de mi bisabuelo anoté: ALAL A.33.7866 LALO 118.2987.

Mientras me estrujaba los sesos intentando descifrar el enigma, mi madre me llamaba insistentemente por el messenger cerebral. Solía tenerlo desconectado, pero seguía escuchando la vibración en mi cabeza una y otra vez. Me esperaban para ir a la cena, y, a pesar de que les había insistido una y mil veces que no quería ir, sabía que al final acudiría.

—¿No escuchas tus mensajes? —preguntó mi madre tras abrir la puerta de mi cuarto.

Aquella actitud me irritó. Ella sabía que tenía que llamar antes de entrar, pero la mayoría de las veces se saltaba la norma sin importarle mi intimidad. Sin embargo, se enfadaba mucho si yo me saltaba sus normas.

—¡Mamá! ¡Ya bajo, estoy terminando un problema! —contesté, molesto.

—El problema lo vas a tener tú si no bajas ahora mismo. Quiero que te pongas algo elegante. He mirado tus archivos de ropa y te he mandado una sugerencia.

La verdad es que el vestido que llevaba ella era muy bonito. El corpiño en la cintura y la larga falda de raso violeta le hacían parecer más joven.

—Espero que no hayas elegido el traje con pajarita —dije—. Es ridículo que un chico joven vista de esa manera.

—Lo ridículo es que alguien con quince años intente aparentar doce con esas ropas harapientas.

—Es la moda. Imagino que en tu época también os vestíais de una manera determinada —dije mientras me ponía en pie y empezaba a probarme ropa virtual.

—En mi época, como dices tú, no teníamos tiempo para tantas tonterías. Para vosotros las cosas son más fáciles. No tengo tiempo para más cháchara. Tienes un minuto para salir con ropa adecuada o tendrás veinticuatro horas de servicios virtuales mínimos.

La amenaza de mi madre casi me pareció un regalo. Ella no podía entender las ganas que tenía de liberarme de todos aquellos entretenimientos que me impedían pensar y concentrarme. Para mí eran una especie de tortura sofisticada.

Decidí callarme y soportar otra fiesta anual de la cúpula. Al fin y al cabo, podría ver a la mayoría de mis amigos. Seguro que se nos ocurriría entretenernos de alguna manera.

Mi padre recurrió al transporte familiar. Era una noche de gala, y prefería llegar al gran palacio de Gobierno con su propio vehículo antes que viajar en los transportes comunitarios.

Naturalmente, el transporte tenía piloto automático, y mis padres se pasaron todo el trayecto ensayando sus discursos y mandando mensajes a los amigos que aquella noche asistirían a la fiesta.

Por mi parte, una única idea parecía rondar por mi cabeza: la clave encontrada en el museo. Me preocupaba que alguien detectara mis desconexiones desde la central, pero al final me di cuenta de que de alguna manera mi cerebro lograba guardar la información sin que nadie se enterase. Posiblemente era a causa de mi mal formación.

Cruzamos la verja del recinto, después de pasar los controles, y recorrimos el imponente bosque de hayas que en parte ocultaba la hermosa fachada del edificio. Me sorprendió descubrir que aquella construcción era como aparentaba ser. Tenía desconectada la visión virtual, y por primera vez mis ojos contemplaron algo bello y real al mismo tiempo.

El transporte se detuvo al pie de la escalinata. Un centenar de periodistas se agolpaban a ambos lados. Aquello me parecía una burla, ya que la compañía dueña de la cúpula era la que editaba todos los periódicos; solo tenían diferentes nombres. Lo mismo sucedía con las noticias de televisión y radio. En cierto sentido era una manera de mostrar diversidad y pluralidad, dentro de la monótona uniformidad que rodeaba todas las cosas.

Los ojos de los periodistas brillaban mientras sus retinas nos fotografiaban. No eran necesarias las cámaras, ya que los ojos eran las lentes más perfectas creadas por la naturaleza. Después sus cerebros mandaban directamente las imágenes a las redacciones de sus periódicos, actualizados cada minuto. La información era constante, pero casi nada tenía interés. La mayor parte de las noticias se centraban en el deporte, en la moda y en la aristocracia de la ciudad, y muy pocas —y casi invisibles— en incidentes fortuitos o en desgracias.

A veces me preguntaba por qué las autoridades permitían que la noticia de una desgracia sucedida en una cúpula se difundiera en cúpulas distintas. No hace mucho llegué a la conclusión de que a los seres humanos nos agrada saber que otros están peor que nosotros, para así contentarnos con nuestra suerte.

En la entrada, unos androides se hicieron cargo de los abrigo y nos indicaron la mesa que teníamos asignada. Yo ya sabía el número, pero había cambiado algunas reservas para poder sentarme junto a mis amigos.

Cruzamos el gran recibidor iluminado por gigantescas lámparas de araña, mientras mis padres saludaban y sonreían a todo el mundo. Nos llevó doce minutos recorrer la sala. Pocos se dirigieron a mí; afortunadamente, no querían saludar a un adolescente que en cualquier momento podía comportarse inadecuadamente. De niño era una tortura recibir mil agasajos, apretones de mofletes y besos, pero con quince años era prácticamente invisible.

Un androide nos abrió la puerta que llevaba al salón de celebraciones, una inmensa sala con casi cincuenta mesas. El escenario perfecto para que la buena gente de la Cúpula 2204 se luciera y

mostrara al mundo su poder. Para mí aquello era una representación de marionetas, cuyos hilos se movían muy lejos de aquella sala y de aquella cúpula de Clase 1.

—Mesa 34. ¡Qué extraño! —exclamó mi padre—. Había dado por hecho que estaríamos más cerca del escenario porque nos toca intervenir en los discursos —y después se limitó a caminar hacia la mesa asignada.

Con sinceridad, mis padres no tenían una buena opinión acerca de algunos de los padres de mis amigos. Todos eran obreros especializados, que estaban muy por debajo de su categoría profesional.

Cuando llegamos a la mesa, mis padres sonrieron a los comensales. Yo me centré en Coco, que estaba muy guapa con su vestido dorado. Tenía el pelo rubio, y le caía por la espalda desnuda en una larga trenza. Me miró con sus grandes ojos azules; mi sitio estaba junto al suyo. Norma, su mejor amiga, estaba al otro lado. Físicamente eran muy diferentes. Norma era morena, más delgada, pero su cuerpo era musculoso, su piel más oscura y sus ojos negros. Rebeca, la otra amiga inseparable de Coco, tenía un aspecto oriental. A quien no veía por ninguna parte era a *Recolector*. Su padre solía ser el más tardón, y todavía no habían llegado.

—Un año más nos toca juntos —dijo mi padre con ironía. Por un momento pensé que empezaba a sospechar que una mano negra podía estar detrás de aquella casualidad.

—A veces el destino es caprichoso —bromeó el padre de *Recolector*, que acababa de llegar y estaba saludando a todos con su cordialidad habitual.

Recolector había perdido a su madre un año antes. Nadie sabía bien qué había sucedido, pero, según algunos rumores, los doctores habían tenido que ingresarla en una especie de hospital.

Desde la desaparición de su madre no era el mismo. Ahora yo daba gracias al cielo cada noche por tener a mis padres conmigo. Puede que a veces fueran un poco estrictos y exagerados, pero eran las personas que más quería en esta maldita cúpula.

El androide de ceremonias subió al estrado, y los invitados terminaron de acomodarse en sus asientos. Guiñé el ojo a *Recolector*, y después miré al gran escenario. Aquel lugar era impresionante. Detrás del androide se formó una inmensa catarata virtual, y cientos de pájaros exóticos revolotearon por encima de nuestras cabezas. El tema central de la fiesta variaba cada año. Esta vez estaba dedicado a la recuperación de las selvas. Al parecer, los *ciudadanos* querían crear diez cúpulas en las que se recreara ese ecosistema, así como reproducir algunos animales y ciertas variedades de plantas extinguidas.

—Buena gente de la Cúpula 2204 —dijo el androide—, tenemos muchas cosas que celebrar. Después de setenta y cinco años viviendo en estas espectaculares cúpulas, dos grandes proyectos harán de nuestra compañía la más grande y poderosa del mundo civilizado. Durante los próximos tres años construiremos diez cúpulas selváticas que nos ayudarán a recuperar la biosfera perdida. Pero nuestro proyecto estrella ha sido un secreto hasta ahora. El *ciudadano* Mike Thomas nos

presentará el nuevo prototipo. ¡Por favor, recibámoslo con un aplauso!

Una atronadora ovación resonó en la sala. Las luces se apagaron, y un foco iluminó las cortinas negras. Una figura delgada se dirigió al centro del escenario. Se movía con seguridad y rapidez, y al mismo tiempo con la solemnidad que aquel acto requería. El foco iluminó el rostro del hombre y todos pudimos ver sus pequeños ojos detrás de unas lentes redondas; una excentricidad en un mundo en el que se podían implantar ojos sanos. Lucía una recortada barba gris, estaba calvo y sus pómulos parecían partirle la cara redondeada, dándole más profundidad a la mirada. Llevaba un jersey negro, no virtual, unos sencillos tejanos y zapatillas blancas.

—Hola. Creo que llevaban esperando esto un año —dijo el hombre—. Por primera vez desde la creación de las cúpulas, un *ciudadano* viene a visitaros. Pensaréis que eso no es gran cosa, pero tiene un sentido profundo. Hace tiempo creamos estos pequeños mundos con un propósito. Algunos daréis por hecho que fue para ganar dinero, pero en realidad nuestro deseo era mejorar la vida de las personas. Nuestro eslogan, como ya sabéis, es: «Si no te gusta tu vida, elige una mejor». Nuestros abuelos y tatarabuelos tuvieron que conformarse con su propia vida, una vida repleta de dificultades y problemas; nosotros podemos vivir muchas vidas cada día. Pero bueno, no he venido hasta aquí para hablar de filosofía. He venido para hablar del Génesis. Un nuevo comienzo. Dios creó el mundo, según la leyenda, pero ¿cómo? Nosotros lo hemos descubierto. Era más simple de lo que parecía. ¡Miren!

Mostró algo minúsculo, tan poco espectacular que un rumor recorrió la sala.

El hombre nos miró fijamente, como si supiera lo que pasaba por nuestras cabezas, y a continuación levantó aquel objeto pequeño y alargado. El foco iluminó sus manos, y vimos un flogonazo que resplandeció en la oscuridad. Después, el hombre agitó el objeto levemente y lo depositó con cuidado en el suelo. Era tan pequeño que nadie podía verlo desde su asiento.

—Lo hemos llamado «semilla de la creación» —dijo el hombre, retirándose unos pasos—. Todo tiene un comienzo, un principio activo que pone en funcionamiento un proceso. Llevábamos décadas investigándolo, pero ahora lo hemos conseguido. Esa especie de lenteja alargada se va a convertir en algo increíble. ¡Observen!

Miramos el objeto, expectantes, pero transcurrió más de un minuto sin que sucediera nada. Luego oímos un susurro, que fue creciendo en intensidad. El hombre se puso una mano en la oreja.

—¿Lo escuchan? —preguntó—. Es el susurro de la vida.

De la plataforma surgió lo que parecía una pequeña planta. Se desarrollaba con mucha rapidez. Enseguida se convirtió en un pequeño arbusto de copa semicircular. El arbusto a su vez se convirtió en un árbol de dos metros, y después de tres. En ese momento empezó a crecer una especie de tela de araña en la copa del árbol, pero más compacta y transparente.

Estábamos hipnotizados ante el espectáculo. Algunos calificaron aquello de truco virtual, del tipo que habíamos visto miles de veces en los jardines automáticos, que podían pasar por las

cuatro estaciones en minutos. Pero yo sabía que no se trataba de eso. Lo que estaba pasando era real.

Cuando la telilla tocó la plataforma, se formó una cúpula natural. No tenía nada que ver con el campo de fuerza que formaba nuestras cúpulas. Cuando la cúpula adoptó la forma perfecta de una semiesfera, diferentes tipos de arbustos, plantas y árboles empezaron a brotar del suelo de la plataforma. Según crecían, el árbol que había dado origen a todo se secaba lentamente. Dos minutos después, la cúpula cubría un radio de seis metros, y dentro de ella se había formado un minúsculo lago, alimentado por un riachuelo que nacía en una montañita surgida de la nada. Un minuto más tarde la cúpula se cubrió de insectos, animales invertebrados, lagartos y, más tarde, aves y mamíferos. Ante nuestros ojos había tenido lugar una pequeña creación nacida de la nada.

—Lo que han visto es real, aunque parezca un mundo creado por ordenador. Antes tardábamos años en crear una cúpula; ahora, gracias al proceso natural, hemos reducido el tiempo a horas. Esta es una minúscula muestra, pero en un año podremos hacer lo mismo a gran escala, con el tamaño del antiguo estado de Texas. Podemos configurar el tipo de ecosistema y las especies que se reproduzcan en su interior.

Todos los presentes, eufóricos, se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir. Aquel anuncio suponía vivir en enormes cúpulas en las que desaparecería la claustrofobia que sufríamos en las construcciones existentes, que apenas alcanzaban los cuarenta kilómetros de diámetro.

—Esta cúpula es la que más ha contribuido al descubrimiento de Génesis, el nuevo programa de colonización de la Tierra. Me enorgullece destacar la labor de su director, Marcos 2234, nacido en la Cúpula 1234. Por favor, recibámoslo con un fuerte aplauso.

Estaba tan asombrado que me quedé paralizado. No tenía ni idea de que mi padre estuviera investigando algo así. Debía de tratarse de un proyecto ultrasecreto.

Mi padre subió al estrado y se acercó a la cúpula. Al verlo junto a su creación me quedé fascinado, aunque molesto por desconocerlo todo hasta ese momento.

—¡Gracias! —dijo.

Después sacó de su bolsillo una *tablet* doblada por la mitad y la colocó sobre el estrado.

—Un trabajo como este solo se puede crear gracias al esfuerzo de muchas personas —continuó—. Por eso hoy quiero dar las gracias a mi equipo. Pero, especialmente, a mi esposa, que más de una vez me ayudó cuando me quedé atascado durante la investigación. Hace tiempo me centré en diseñar vehículos, pero he dedicado los últimos cinco años a trabajar junto a mi esposa en el proyecto Génesis, que ya es una realidad.

El *ciudadano* se acercó a mi padre y le estrechó la mano, y luego llamó a mi madre. Entonces mi madre se levantó de la mesa y empezó a andar en dirección al estrado, pero de pronto se giró y me hizo un gesto para que la siguiese. Me puse colorado. Nunca me había enfrentado a un auditorio tan concurrido. Negué con la cabeza, pero ella insistió. Así que me puse en pie y caminé,

vacilante, hasta ella. Pasó su brazo por mi espalda y juntos subimos por fin al estrado.

—Adela 3356 —dijo el *ciudadano*—, una ingeniera robótica que en los últimos años se ha dedicado en cuerpo y alma a este proyecto. Por favor, Adela.

—Estoy muy emocionada —dijo mi madre con lágrimas en los ojos—. Es una gran noche para mi familia, pero sobre todo para lo que la corporación Life System representa. Hacemos personas felices porque les ofrecemos una vida digna para que la disfruten. Ahora, gracias a estas nuevas cúpulas, recuperamos un planeta que nosotros mismos destruimos hace más de setenta y cinco años. Los seres humanos somos capaces de destruir, pero también de construir.

Nos abrazamos los tres. Me alegraba por ellos, a pesar de la vergüenza y de la sorpresa. El *ciudadano* se acercó a nosotros y levantó las manos.

—El gran premio que podemos dar a esta familia por el trabajo y la constancia —dijo— no es su esperada jubilación, como algunos pueden suponer. Lo que les concedemos es el mayor honor que puede recibir un ser humano de Clase 1. A partir de este momento serán *ciudadanos* y, como tales, podrán vivir en la cúpula Silicon Valley, donde residen los descendientes de los padres fundadores. Felicidades —concluyó, dándonos la mano.

Aquellas palabras me dejaron anonadado. Ahora era un *ciudadano*, un miembro de la élite de las cúpulas. Aquello, lejos de tranquilizarme, aumentó mi angustia.

Capítulo 6

Mis padres iban abrazados en la parte delantera del vehículo. Hacía mucho tiempo que no los veía tan cariñosos y animados. Yo, sin embargo, no me sentía tan eufórico. Convertirme en *ciudadano* tenía sus ventajas, sobre todo teniendo en cuenta mis últimas averiguaciones, pero ¿qué les pasaría a mis amigos? No podía dejarlos atrás, mucho menos después de lo que había descubierto.

—¿Te encuentras bien, Daniel? —preguntó mi madre, girándose un poco.

—Sí, ha sido una noche repleta de sorpresas y las estoy procesando —contesté.

—Supongo que estás pensando en tus amigos y en los abuelos, y en lo que esto va a influir en nuestras vidas. Con sinceridad, no sé lo que supondrá este cambio, pero estoy convencida de que será para bien. Piensa que viviremos en la mejor cúpula creada por el hombre. Allí no existen las obligaciones. Podremos disfrutar los unos de los otros, y tú estudiarás en la mejor universidad. Tus abuelos y tus amigos seguirán comunicándose contigo virtualmente.

—Las leyes prohíben el contacto entre *ciudadanos* y personas de otras categorías. Es la primera vez que hemos visto a uno de carne y hueso. Estaremos solos en ese paraíso de palmeras, piscinas y animales exóticos —dije con ironía.

—El chico tiene razón, Adela —reconoció mi padre—. No están permitidas las comunicaciones. Es normal que Daniel esté preocupado. Son sus amigos de toda la vida, y esta cúpula es todo lo que ha conocido. Sin duda el cambio será mejor para su vida, pero tendrá que hacerse a la idea poco a poco.

—¿Cuándo nos mudamos? —pregunté.

—Dentro de una semana —respondió mi madre—. Y no quiero llevarme nada de aquí. Todo lo que podamos desear está en la cúpula de Silicon Valley. ¿Qué pensarían los vecinos si nos vieran llegar con las miserias y harapos que tenemos? Allí la ropa es de verdad, las flores son reales... Seguro que te va a gustar, Daniel. Te adaptarás pronto.

—¿Y si yo me quedara aquí? —pregunté. No es que pensara hacerlo, pero quería al menos ver cómo reaccionaban.

Se hizo un silencio largo e incómodo. Después, mi madre se giró otra vez.

—Somos una familia —dijo—; viviremos juntos todo el tiempo que podamos. No queremos dejarte en esta cúpula de mala muerte, mientras nosotros vivimos en el mejor lugar del mundo. Allí podrás hacer nuevos amigos y rehacer tu vida. Solo tienes quince años.

El resto del viaje lo hice en silencio. Opté por guardarme mis opiniones. Entendía su posición: los padres siempre saben qué es mejor para nosotros y sin duda esto lo era, pero a veces no se

para pensar en los sentimientos que sus decisiones nos provocan. Vivimos a remolque de sus vidas, sufriendo los vaivenes de sus circunstancias.

Al llegar a casa subí a mi cuarto. Consulté el buzón de voz de mi mente y vi que tenía cuatro mensajes. Los escuché mientras intentaba relajarme echado sobre la cama. Mis amigos me animaban y felicitaban por haber conseguido la *ciudadanía*, pero sabía que en el fondo se sentían tristes por la separación. Entonces *Recolector* me llamó. Dudé unos momentos, pero al final activé la llamada.

—Dan, muchas felicidades, tío. Eres un *ciudadano*. ¿Sabes lo que eso significa?

—No. La verdad es que no lo sé.

—Una vida por todo lo alto.

—¿Cómo lo sabes? Nadie ha vuelto de allí para contarlo.

—Mi padre dice que allí todo es fantástico. Un verdadero paraíso en la Tierra. Creo que hasta permiten apagar la visión virtual. Cuando el original es bueno, por qué andarse con imitaciones.

—Gracias por tus ánimos.

—Alégrate, hombre. A todos nos gustaría estar en tu lugar —añadió *Recolector*, y noté que parecía molesto por mi actitud.

—Lo siento, pero tener que dejaros aquí es precisamente lo que no me gusta. Hay algo que no me convence de lo que he visto...

—Ya hablaremos. Es mejor decirnos esas cosas en persona.

Por un momento olvidé que nuestras conversaciones podían ser escuchadas legalmente. En nuestro mundo nada parecía real, pero estábamos siempre vigilados, como si fuéramos culpables de algo.

—Un abrazo. Mañana nos vemos y hablamos más tranquilos —dijo *Recolector*, y cortó la comunicación.

Al instante recibí otra llamada; era Coco. Noté que el corazón se me aceleraba. Cuando escuché su voz en mi mente, me quedé paralizado.

—Hola, Dan. Supongo que aún estás digiriendo la noticia. Todo esto nos ha pillado por sorpresa. Me alegro mucho por ti, aunque no puedo negar que lo voy a pasar mal cuando te marches.

—Estoy bien. La verdad es que ignoraba lo que estaban haciendo mis padres. Ser *ciudadano* debe de ser flipante, pero llevo quince años en esta cúpula y me había hecho a la idea de que moriría aquí o en otra de esas para jubilados, como mis abuelos —y según hablaba, me di cuenta de la cantidad de chorradas que estaba soltando.

Lo que realmente pensaba, lo que le habría dicho si no hubiera sido tan cobarde, es que llevaba mucho tiempo enamorado de ella. Me gustaba desde los doce años, pero nunca le había dicho nada por miedo a perderla. Si me rechazaba, nuestra amistad nunca sería la misma. Prefería

tenerla cerca, aunque fuera como amiga, antes que perderla para siempre.

—La vida es siempre una aventura —dijo Coco—. Puede que nos volvamos a ver, quién sabe.

—Todavía estaré una semana por aquí. *Recolector* ya está al tanto, pero quiero contaros algo importante. Os veré a todos mañana a la salida de clase.

—Vale. Mañana hablamos. Estoy intrigada, parece que tu vida es más apasionante de lo que querías mostrarnos a todos.

—No sé si es emocionante, pero últimamente parece que se complica un poco —concluí antes de que cortáramos la comunicación.

Me quedé en silencio, con la mente desconectada e intentando pensar en todo lo que había ocurrido en los últimos días. Recordé los números y las letras que había visto en el museo. Aquel galimatías no tenía sentido. Examiné las letras e intenté extraer algún significado, pero no conseguí nada. Cerré el cuaderno y me tumbé de nuevo sobre la cama, y enseguida noté que me invadía el sueño.

Un sonido en la planta baja me alertó. No supe por qué me ponía tan nervioso. Era imposible que alguien entrara a robar o a algo peor en una casa de la cúpula. Si un individuo tenía un pensamiento criminal, enseguida lo detectaban en el ordenador central de la compañía. Bajé descalzo por las escaleras y me asomé al salón en penumbra. Mi padre continuaba trabajando. Supuse que el ruido lo había hecho él sin querer, y me di la vuelta para volver a mi habitación. Al día siguiente tenía que madrugar y las emociones del día me habían agotado. Pero mi padre me había visto, y me llamó.

—Hijo, no te vayas.

—¿Qué quieres? —pregunté. No le gustaba que le interrumpieran mientras trabajaba.

—Estoy mirando las cosas del abuelo de mi padre. Debemos tirarlo todo. No hay lugar para estas cosas en nuestra nueva vida.

—Pero yo quiero llevarme...

—¿No me has oído? —dijo, alterado—. ¡No podemos llevarnos nada! Cometimos una imprudencia al guardarlas todos estos años. Tenemos que deshacernos del pasado. Ahora somos *ciudadanos*.

—¿Qué pasará con los demás?

—¿Con los demás? ¿A qué te refieres?

—Ya sabes, papá. Hay algo sucio, oculto, detrás de todos esos montajes virtuales. Tal vez los demás no lo perciban, pero tú sí.

—La vida es más compleja de lo que pensamos. Ya sabes que yo vine de una cúpula inferior a esta. Me costó mucho que la gente de aquí me aceptara. Ahora somos las personas más importantes de la cúpula, y en nuestra nueva vida seremos *ciudadanos*. A veces la fortuna nos sonrío. No hay más preguntas que hacer.

—Eso parece un cuento muy bonito, pero sé quién eres y cómo eres. Te admiro y te respeto, y me gustaría ser como tú. Pero no estás siendo sincero, ¿verdad?

—No puedo contártelo todo. Hay cosas que es mejor que no sepas. Cuando estemos en nuestro nuevo hogar, sabrás la verdad.

Su respuesta me pareció conformista. Mi padre había sido siempre un luchador, un hombre capaz de superarse a sí mismo. Ahora quería protegerme de algo. Entendía lo que estaba haciendo, aunque prefería saber la verdad.

—Si no me lo cuentas tú, tendré que averiguarlo por mí mismo —añadí mientras me dirigía a la escalera.

—No te metas en líos. Solo estaremos en la cúpula unos días más. Tu madre y yo estamos involucrados en un gran proyecto, un proyecto que nos devolverá a todos el planeta que destruyeron nuestros antepasados. ¿Pondrías en peligro eso por tu curiosidad? —preguntó. Su voz era suave, pero yo era consciente de la gravedad de sus palabras.

—Si todo lo que nos ha dicho Life System es cierto, ¿por qué tienes miedo de que pueda descubrir algo sucio o malo? Tal vez es porque ya sabes de qué se trata.

Mi padre se quedó sin palabras, algo que no solía sucederle. Yo lo miré, y después empecé a subir las escaleras mientras me aguantaba las lágrimas. Todo aquello me superaba. Al fin y al cabo, no era más que un estudiante que se sentía perdido, confuso, y que pronto tendría que dejar a sus mejores amigos.

Capítulo 7

No puedo decir que al día siguiente me desconcentrara en las clases, porque mucha de la información que recibíamos simplemente la grabábamos en nuestra memoria. Mis compañeros me recibieron con admiración. Todos se habían enterado de que mi familia y yo nos habíamos convertido en *ciudadanos*. Nunca había sido objeto de interés de la mayor parte de la clase, pero no hay nada como un acontecimiento fortuito que te haga sobresalir para que todo cambie de repente.

En la hora de descanso tuve que espantar a varias chicas que de la noche a la mañana mostraron gran interés en hablar conmigo. Cuando terminaron las clases, respiré aliviado. Mis amigos y yo nos reunimos en un parque cercano. Quería explicarles lo que *Recolector* y yo habíamos descubierto el día anterior.

—Me parece increíble —dijo Coco—. No me acordaba mucho de la historia de las cúpulas, pero si estás en lo cierto hay algo que no quieren que sepamos.

—El caso es que no podemos asegurar nada —afirmó Norma—. Que este mundo es más feo y cutre de lo que vemos con la realidad virtual ya lo sabíamos, así que no veo el engaño por ninguna parte.

—¿Por qué estarían tan interesados en escondernos algo? —preguntó *Recolector*.

—Puede que la respuesta esté en la serie de letras y números que encontramos en el museo —revelé.

—¿Cuáles eran? —preguntó Reb. La amiga de Coco era una de las más inteligentes del CATB. Ganaba concursos y torneos sin usar la memoria artificial de su cerebro.

—ALAL A.33.7866 LALO 118.2987 —contesté tras sacar el diario de mi bisabuelo y leer el papel.

Norma miró a un lado y a otro antes de hablar un poco histérica.

—Llevamos mucho tiempo desconectados. Nuestros ojos no están estropeados, así que supongo que las autoridades no tendrán tanta consideración como la que han mostrado con Dani. Hay cámaras por todas partes, y verán que andamos con un lápiz y un cuaderno. ¿Queréis que terminemos todos en un centro de reeducación?

—Tienes razón —respondí—. Conozco un sitio cerca de aquí que la virtualidad no funciona bien. No advertirán que estamos desconectados.

Durante diez minutos caminamos hasta llegar a un viejo edificio abandonado. Entramos por un agujero que había en la chapa de la puerta. *Recolector* y yo habíamos estado muchas veces allí. Eran unos grandes almacenes antiguos. Estaban repletos de cosas viejas que ya nadie usaba:

tostadoras, viejos ordenadores, radios, navajas y hasta teléfonos.

Nuestras amigas entraron en el edificio con reparo. A pesar de que tenían conectada la visión virtual, el deterioro del edificio y el mal olor hizo que sus sistemas no terminaran de camuflar la realidad. En cierto sentido juzgué necesario que experimentaran algo. Lo que percibían habitualmente sus sentidos era falso. Había dos maneras de recibir un buen baño de realidad: contemplar la sencilla belleza de la naturaleza, sin adornos ni luces de colores, y percibir por los sentidos la cruda realidad de lo corruptible. En aquel lugar comprendía por qué la gente que me rodeaba no pensaba apenas en la muerte. Nos habían cubierto con capas de objetos materiales el hermoso espectáculo del nacimiento, reproducción y muerte en que consistía la vida. Los seres humanos tenemos un principio y un final, aunque no nos guste recordarlo. Nuestro cuerpo comienza a morir nada más nacer, ¿por qué no vivir enfrentándonos a esa realidad? En eso pensé mientras llegábamos a la sala.

—En aquel cuarto podremos pensar con tranquilidad —dije—. Está recubierto de un metal que impide que lleguen las señales electro magnéticas.

Nos sentamos en un viejo sofá mugriento, que nunca llegó a tener dueño. Reb tomó el cuaderno.

—No sé qué pueden ser las letras —reconoció—. La A se repite cuatro veces, la L, tres y la O, una. Los números son variados, pero por la colocación de los puntos parecen coordenadas.

—¿Coordenadas? —preguntó Coco, sorprendida.

—Sí, indican un lugar geográfico —explicó Reb—. Si estoy en lo cierto y los números son coordenadas, las letras podrían ser siglas.

—¿Eres capaz de averiguar a qué lugar corresponden? —pregunté, impaciente.

—Esta es la longitud y esta, la latitud —señaló Reb.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Norma.

—Mirad las siglas LO y LA antes de los números —aclaró Reb.

—Entonces solo queda por saber qué es LA —resumió *Recolector*.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamé, golpeándome la frente con los dedos.

Todos me miraron, sorprendidos. Hasta ese momento no lo había visto claro, pero las siglas solo podían corresponder a un lugar.

—LA son las siglas de la ciudad de Los Ángeles —dije, sonriente.

—La latitud y la longitud determinan un punto de la ciudad —dijo Reb.

—Pero hay un problema, chicos —señaló *Recolector*—. La ciudad de Los Ángeles está a muchas millas de aquí. No podemos salir de la cúpula.

—Yo sí —dije con una sonrisa—. ¿Olvidáis que dentro de poco tengo que viajar?

Capítulo 8

Las situaciones desesperadas necesitan planes desesperados. No tenía ni idea de cómo iba a aprovechar mi viaje a la cúpula de los *ciudadanos* para llegar a las coordenadas que habíamos descubierto en el museo. Tampoco sabíamos de qué manera mis amigos intentarían huir y ayudarme en mi viaje. Pero, sobre todo, desconocíamos las consecuencias que podía tener un acto de rebelión como aquel.

Aquella noche, en casa, no dejé de pensar en ello. Mis padres cenaban a mi lado mientras comentaban la emocionante vida que iban a llevar en su nuevo hogar, pero yo no podía dejar de pensar en las consecuencias de mis actos y en qué posición podrían quedar mis amigos cuando yo me fuera.

—¿En qué piensas, Daniel? —preguntó mi madre.

—Estaba jugando...

—No me mientas, sé perfectamente cuándo estás jugando y cuándo estás pensando. Esa es una de las cosas que las madres sabemos en cuanto miramos a nuestros hijos.

—Pensaba en la cúpula de Silicon Valley, en cómo sería, si encontraría amigos allí —aclaré, intentando zanjar el tema.

Pero a mi madre le quedaba aún mucho que decir.

—Encontrarás nuevos amigos. Gente más adecuada, personas de tu nivel.

Sus palabras me molestaron. Yo consideraba que mis amigos eran los mejores sobre la faz de la tierra, pero ella creía que no estaban a mi altura, como si la amistad tuviera algo que ver con la inteligencia o el estatus social.

—No quedan muchos días, pero al menos puedes despedirte de ellos —dijo mi padre—. Seguro que se alegran por ti. A todos les gustaría estar en nuestro lugar. Tal vez sus familias lo consigan...

—Eso es imposible. Sois los primeros en conseguirlo en setenta y cinco años. Las posibilidades son escasas.

—Podemos alcanzar cualquier cosa que nos propongamos —añadió mi padre—. Para nosotros no ha sido fácil, pero lo hemos logrado. Es cuestión de tenacidad y esfuerzo.

Me costaba entender cómo podían estar tan ciegos. Sabía que la gente no vivía como creía, pero lo peor de todo es que su existencia era una gran mentira. Sus sentidos y emociones se encontraban anestesiados por lo virtual.

—No será que temes echar de menos a Constance —dijo mi madre—. ¿Cómo la llamas tú? Coco, ¿verdad?

Siempre andaba figoneando en mis cosas, para enterarse de mis pocos secretos. En ese momento no quise responder. No tenía por qué decir nada acerca de Coco. Si me gustaba o no, era asunto mío.

—¿Necesitamos billetes para el viaje? —pregunté—. ¿Saldremos desde la estación de los trenes bala?

—Sí, allí la seguridad es máxima —contestó mi padre—. No se permite el acceso a nadie ajeno al personal o a viajeros indebidamente documentados.

Aquello terminaba con uno de mis planes, pero aún tenía otro. Se me había ocurrido que podía crear un clon virtual, y que este clon se hiciera pasar por mí los próximos días. *Recolector* sabía hacerlo, y de hecho los habíamos usado alguna vez para evitar una reunión aburrida. El problema era que el clon virtual tenía que aguantar muchos días. La conexión podía fallar o alertar a mis padres.

Después de cenar le conté mi idea a *Recolector*. Le pareció bien, aunque detectó un problema: ¿cómo íbamos a salir de la cúpula? Para nuestra huida debíamos utilizar los antiguos túneles, y en el exterior necesitaríamos vehículos adecuados y trajes de protección. También sería importante llevar una fuente de oxígeno.

—En el sur están los supervisores de fugas —dijo *Recolector*—. Son una especie de bomberos encargados de descubrir fallos en la cúpula. A veces salen llevando consigo sus equipos preparados.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Nunca había oído hablar de ellos.

—Son equipos secretos. Quieren ocultar el hecho de que las cúpulas fallan a partir de los setenta y cinco u ochenta años. Al parecer, la nuestra, que es de tercera generación, es sólida, pero terminará por degenerarse, como todo en la vida.

—¿Crees que podríamos conseguir un vehículo? Alcanzaríamos las coordenadas en dos o tres horas y podríamos regresar el mismo día, antes de que nos echen de menos.

—Mi tío Sam es uno de los jefes de cuadrilla. Podría pedirle un vehículo, aunque querrá algo a cambio.

—Le daré mil juegos y memoria —prometí—. En cuanto llegue a mi nuevo hogar dispondré de virtualidad y capacidad infinitas —añadí. Después me di cuenta de mi error. No estaba bien presumir delante de los amigos de los privilegios adquiridos.

—Bien. Esta noche crearé los hologramas de nuestra pandilla. Los activaré cuando tengamos el vehículo. Si salimos a media mañana, estaremos de vuelta por la noche.

—Genial. Avisaré al resto y trataré de conseguir varios cuchillos láser. Nunca se sabe qué nos podemos encontrar ahí fuera —añadí, mientras notaba cómo mi adrenalina se desbordaba.

Aquella noche apenas pude dormir. No dejaba de darle vueltas a la idea de que en unas horas saldríamos por primera vez de la cúpula. Nuestro mundo era tan reducido que viajar me parecía la

más fascinante de las aventuras. Durante años había leído los libros prohibidos de mi bisabuelo y mi abuelo: novelas de Julio Verne, Asimov y otros grandes escritores, tildadas de subversivas por la compañía. Ahora estaba a punto de empezar una de aquellas aventuras que tantas veces había imaginado.

Segunda parte
Buscando la luz

Capítulo 9

Lo que no me esperaba era que aquella mañana no empezaría mi aventura, sino mi infierno.

Mis padres estaban desayunando, y yo aún dormía, cuando los androides asaltaron mi casa. Primero oí un golpe fuerte en la entrada. Como nuestra zona era segura supuse que había tenido lugar un accidente, aunque no era normal que pasara algo no programado. Después oí las voces robóticas de los androides, a mis padres respondiendo, nerviosos, y las pisadas metálicas de las botas en la escalera.

Pensé en huir, pero ¿adónde? Solo quedaba aguantar el tipo y negarlo todo. Pero cuando conectaran con mi mente descubrirían las conversaciones e ideas que había tenido en los últimos días. Mi memoria delataría a mis amigos, y se descubriría nuestro plan. Mi única posibilidad era borrar toda la información, aunque eso entrañaba dos peligros: no recordaría nada de lo que había pasado en los últimos días y, además, se darían cuenta de que se había producido un vacío en mi mente. Entonces se me ocurrió volcar mi memoria en el minúsculo *pendrive* que ocultaba en mis botas, y crear así una memoria virtual.

Los pasos se acercaban con rapidez. Necesitaba treinta segundos para terminar la operación. Cerré la memoria y borré todo lo que pudiera comprometernos justo en el momento en que los androides entraban en mi cuarto.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Queda detenido por presunta violación de las Leyes Virtuales —dijo el androide—. Sabemos que ha estado desconectado más de lo permitido. Además hemos detectado pensamientos independientes, sueños y pesadillas. Vamos a chequearlo. Si se demuestra que ha cometido un delito, será juzgado y enviado a un centro de reeducación.

El uniforme blanco, el casco con cristal biselado sobre los ojos y el rifle láser me intimidaron, pero me sobrepuse al temor que me causaba aquella situación.

—No pueden hacerme esto. Soy un *ciudadano*. Tengo permiso para albergar pensamientos independientes, desconectarme y hacer lo que quiera.

Aquello los desconcertó, pero enseguida comprobaron la información.

—Según la cláusula 2/3.5, usted no será *ciudadano* hasta dentro de cinco días, y, por tanto, sigue sometido a las Leyes Virtuales. Por favor, acompáñenos al hospital.

En ese momento mis padres entraron en la habitación. Tenían los rostros desencajados. Mi madre se abrazaba a mi padre, mientras este intentaba contener las lágrimas.

—¡No pueden llevarse a nuestro hijo como si fuera un delincuente! —exclamó mi madre.

—Lo siento, señora. Todos debemos obedecer las leyes —replicó el androide.

—Nuestro hijo está mal de los ojos —dijo mi padre—. Hace unos días fuimos al hospital y nos dijeron que todo estaba arreglado. Debe de tratarse de un nuevo fallo.

—No se preocupe. En cuanto los doctores lo hayan examinado, sabremos si se trata de una avería. Pero, como saben, en las cúpulas uno es culpable hasta que no se demuestre lo contrario.

Los robots me sacaron de mi cuarto y me llevaron hasta su vehículo, un moderno híbrido, mitad nave y mitad coche. Me metieron en la parte de atrás, y unos segundos más tarde cruzábamos la cúpula. Los vehículos de la compañía utilizaban energía solar; supuestamente, nada era contaminante ni nocivo para la salud. Quince minutos después llegamos al hospital central. No era la clínica a la que yo había acudido voluntariamente unos días antes. Aquel lugar tenía fama de peligroso. Algunos lo llamaban La Morgue, porque se decía que quien entraba allí nunca más volvía a salir.

Entramos en el aparcamiento, y luego los androides me metieron en un ascensor. Subimos hasta la planta 25. Cuando salimos, recorrimos un inquietante pasillo oscuro con la pintura desconchada. A continuación entramos en una de las habitaciones. Parecía una celda: las puertas eran de hierro, con grandes cerraduras electrónicas y un ojo de buey a través del cual podías ser observado desde el exterior.

Me dejaron solo en la celda, que estaba aislada. La comunicación con el exterior era inexistente. Los juegos y los vídeos no funcionaban, así como la música ni cualquier otro programa de nuestra mente. Aquello, según parece, lo consideraban un castigo. Para quienes habían estado conectados desde su nacimiento, aquel silencio era aterrador. Pero en mi caso lo disfruté. Me sentía liberado. Ahora podía pensar con tranquilidad, imaginar cosas sin que otros lo hicieran por mí. Aunque en ese momento tenía que centrarme en una sola idea: ¿cómo podía preparar mi defensa? ¿Qué ocurriría si encontraban algo en mi mente que implicara a mis amigos?

Extraje la memoria del adorno de mi bota e instalé de nuevo la información, y me aseguré de que quedaba en el *pendrive* y no en mi mente.

¿Cómo se iban a enterar mis amigos de mi detención? Mis padres no iban a decirles nada. Intentarían disimular y que la gente no supiera lo que estaba pasando. Mis amigos no creerían nada de eso, pero no tendrían forma de descubrir la verdad. Mi mayor temor era que al tener mis conexiones vigiladas, alguno de ellos enviara algo comprometido a mi terminal. Un segundo antes de que los androides me capturaran había transmitido un mensaje en clave a todos: «De vacaciones pagadas. Hasta pronto».

Esperaba que estas absurdas palabras los pusieran en guardia. Aunque me quedaba la duda.

En ese momento me sentí como un tonto. Ahora que estaba a punto de convertirme en *ciudadano* lo estropeaba por mi afán de descubrir las cosas que todos preferían ignorar. Me creía mejor que los demás, más inteligente, capaz de descubrir qué se escondía detrás de ese mundo en apariencia tan feliz. Con mi actitud había puesto en peligro a mis amigos y a mis padres. Tenía que

parar, dejar las cosas como estaban y adaptarme al sistema. Al fin y al cabo era un privilegiado, ya que la mayoría ambicionaba una posición como la mía.

La puerta se abrió y noté que mi corazón se aceleraba. Mi valor se esfumó de repente. Solo quería irme a casa, olvidarme de todo e imaginar que había sido una horrible pesadilla.

—¿Daniel 86789, hijo de Marcos 2234 y Adela 3356 y nacido en la cúpula 1234? —preguntó un doctor.

—Sí, soy yo —contesté con voz temblorosa.

Aquel doctor no se parecía nada a los que había conocido hasta ese momento. Me estremeció que no fuera humano. Siempre había tenido la sensación de que era más fácil engañar a las máquinas: son incapaces de entender la ironía, el sarcasmo o los dobles sentidos.

—¿Sabe que ha infringido las Leyes Virtuales? —preguntó el doctor mientras miraba su semitransparente *tablet*.

—No era consciente —respondí con tranquilidad—. Hace unos días acudí a un hospital por problemas en la visión. Al parecer es un defecto de nacimiento, pero creía que lo habían arreglado todo.

—Ya he leído su informe —aclaró—. También sé que dentro de unos días gozará de inmunidad absoluta. Yo también soy un *ciudadano*, de los pocos que viven en esta cúpula. Usted ha cometido infracciones muy graves. Esto no es una cuestión técnica. Ya he tratado a más gente como usted. No es muy común, tal vez uno de cada cien mil. Pero de vez en cuando surge un caso —su rostro estaba tapado en parte por sus gafas de rayos x y llevaba una máscara respiratoria. Eran las medidas de seguridad habituales ante un posible contagio.

Entonces, el doctor se quitó la máscara y las gafas. Su rostro era horrible. Una larga cicatriz le atravesaba la mejilla hasta la cuenca vacía de un ojo. El único ojo sano era de un azul inquietante. Mientras miraba parecía leer el pensamiento.

—Ya le he dicho que mis ojos no ven bien la realidad virtual, por eso los apago a veces —insistí.

Su rostro no se inmutó. Parecía indiferente a mis comentarios, como si ya hubiera decidido no crearme.

—¿No me ha escuchado? —preguntó—. Sé lo que le ronda por la mente. A los que son como usted los llamamos videntes, aunque otros los conocen como visionarios. Tienen un don que les permite ver lo que otros apenas intuyen. Es difícil engañarlos; miran más allá de las apariencias. A lo largo de la historia ha habido muchos, algunos incluso han fundado religiones o han movilizado a las masas, pero, como comprenderá, en nuestro tiempo no necesitamos a esas personas. Puede que alberguen buenas intenciones, pero terminan por desestabilizar todo lo que tocan.

—En este caso se han equivocado. Solo se trata de un problema con mis ojos que seguramente

tiene solución.

—Incorre en un error: su problema no tiene fácil remedio. Nunca hemos conseguido que una persona con su don cambie. Siempre intenta revolucionar de nuevo el mundo. Uno de los más peligrosos fue el fundador del cristianismo. No sé si ha oído alguna vez hablar de él.

—La religión está prohibida en la cúpula —recité, aunque sabía que el doctor estaba al tanto de las leyes.

—Exacto. La religión es uno de los peligros más grandes a los que se ha enfrentado la humanidad. Es la causante de todos los males. La raza humana alberga esperanzas y se rebela; algunos, incluso, se permiten convertirse en héroes, que ellos llamaban mártires. Si crees que lo único que existe es lo que podemos percibir por los sentidos, entonces te aferras a las cosas y no quieres perder nada.

—Pero eso parece una contradicción. Enseñan que debemos creer solo en lo que perciben nuestros sentidos, pero, por otro lado, vivimos la mayor parte del tiempo en un mundo virtual, tan irreal como cualquier otro que pudiéramos imaginar.

—Por favor, siéntese —dijo el doctor señalando una silla metálica que estaba junto a la cama.

El doctor se tocó el mentón, después apretó un botón y dos anillas metálicas se cerraron sobre mis muñecas. Un segundo botón hizo que la silla se abatiera ligeramente.

—El mundo virtual es real. Está compuesto por bits, dígitos del sistema de numeración binario. Podríamos decir que son los átomos de la información, las bases sobre la que se sustenta el actual sistema. La memoria es real, ocupa un espacio aunque sea virtual. En cambio, la religión, las ideas o los pensamientos no son reales.

—Sí, lo son. Son las descargas eléctricas que realizan nuestras neuronas.

—Usted es un visionario. Se lo he dicho, ¿verdad? No se conforma con creer cómo son las cosas, sino que piensa que puede ofrecer algo mejor a la humanidad. Los visionarios terminan sacrificados, o bien ellos sacrifican a los pueblos. Debe morir solo un hombre, no un pueblo, ¿no cree?

Era la típica pregunta trampa. Fuera cual fuera mi respuesta, el resultado sería el mismo: mi muerte. Tenía que pensar en algo. Las leyes debían de tener algún resquicio al que me pudiera aferrar.

—¿Cómo puedo ser culpable de ser como soy? Nadie elige su personalidad o su forma de pensar. No quiero destruir el sistema; solo busco respuestas. ¿Acaso es un delito buscar respuestas?

—Ya tiene todas las respuestas que necesita. En su cerebro hay más información que la que se acumuló durante los primeros diez mil años de la humanidad. ¿De verdad necesita más respuestas?

—Sí, ustedes no responden a mis verdaderas inquietudes. ¿Para qué estamos aquí? ¿Cuál es el

sentido de nuestra vida? ¿Qué sucede tras la muerte? ¿Por qué percibimos que somos inmortales? —pregunté, aterrado, como si en un momento toda la angustia acumulada, todos mis temores e inquietudes, se hubieran desbordado.

El doctor se tomó su tiempo antes de responder. Cogió una jeringuilla de una mesita metálica y pinchó un tubo, del que extrajo un líquido verde. Se acercó y me clavó la aguja. Mientras aquel líquido recorría mis venas habló.

—El día en que terminemos con esas preguntas el mundo será un lugar mejor en el que vivir —dijo—. Lo absoluto termina por destruirlo todo. Un bien supremo, una belleza absoluta, la idea de perfección, en definitiva, nos hace vulnerables. Cuando logramos despojarnos de esas preguntas, de esos principios morales, somos verdaderamente libres.

—No es cierto. Ustedes nos han convertido en esclavos —afirmé, furioso.

—Una esclavitud feliz es mejor que una libertad aterrorizada. Los hombres no están preparados para ser libres, no al menos en la forma que usted dice. Es mejor que vivan bajo el dictado de otros hombres superiores, de seres humanos que se han alzado sobre ideas tan caducas como el bien y el mal.

Noté que el líquido verde empezaba a hacerme efecto. Intenté resistirme, pero era inútil. La nada conquistaba mi mente lenta pero inexorablemente.

Capítulo 10

No tuve sueños, tampoco nada programado en la mente. Aquellas horas simplemente no habían existido. Di por hecho que la mayor parte del tiempo los doctores habían buscado en mi cerebro pruebas que me incriminaran. Yo había intentado borrar todo lo que pudiera comprometerme a mí o a mis amigos, pero no podía estar seguro de que algún tipo de información secundaria hubiera quedado registrada en un archivo.

Cuando desperté, estaba hambriento, y me invadió la sensación de que alguien había puesto patas arriba mi cerebro. Era difícil de explicar, pero tenía que ver con el exhaustivo examen al que había sido sometida mi mente.

—Daniel, ¿está despierto? —me preguntó un hombre bajito, calvo y con los ojos negros y saltones—. Soy su abogado, Klaus Brul. El juicio empezará en una hora. No tenemos mucho tiempo para preparar su defensa, aunque sabrá que en estos casos es mejor declararse culpable. La compañía defiende los derechos de todas las clases, pero demostrar la inocencia es muy complicado.

—No entiendo. ¿De qué se me acusa? —pregunté.

—De infringir todas las Leyes Virtuales. Ya sabe: pensar de manera independiente y sin control estatal, soñar, tener pesadillas, razonar por sí mismo; usted sabe que nuestras leyes nos protegen de todas esas cosas. La humanidad ha llegado a este punto por intentar pensar por sí misma. A esas acusaciones se han añadido la de visionario y persona tendente a la religión —leyó Klaus Brul en una *tablet*.

Me quedé boquiabierto. El doctor había aprovechado nuestra conversación para acumular más cargos en mi contra. Mientras charlábamos no fui consciente de que me estaba interrogando.

—¡Soy inocente! —exclamé.

—Declararse inocente sin pruebas añadirá más rigor a su condena. Si se declara culpable, puedo lograr que pase un año o dos, como mucho, en un centro de reeducación. Teniendo en cuenta que sus padres son *ciudadanos*, es posible que pueda reunirse con ellos más tarde. Es un buen trato. Firme aquí, es lo mejor —dijo, señalando una casilla con su lápiz electrónico.

—No soy culpable. Lo único que me pasa es que mis ojos fallan. No funcionan bien, es un problema técnico.

—Ya. Pero no lo puede probar.

—Hace unos días estuve en el hospital...

—El hospital ha dado a conocer un informe en el que se afirma que sufre un problema crónico de realidad. Al parecer, no le gusta lo virtual. En las cúpulas eso es un delito —dijo, sonriente,

Klaus Brul.

Estaba asombrado. Durante años había oído rumores de las deficiencias del sistema judicial de las cúpulas, pero aquello no era un fallo de forma. Lo que ponía de manifiesto es que no teníamos ningún derecho.

—No me declararé culpable —afirmé de nuevo.

—Está bien. Medítelo. Le concedo una hora; después no podrá acogerse a esa medida de gracia. La condena será de cinco años, y perderá el derecho a convertirse en *ciudadano*. Pasará el resto de su vida en una cúpula de nivel inferior.

Cuando me quedé solo, me incorporé. Tenía tiritas en los brazos, como si me hubieran aplicado más inyecciones. Llevaba una especie de camisón de hospital. La cabeza me daba vueltas. Estuve a punto de vomitar, pero logré controlarme. Me sentía confuso, y no sabía cómo actuar. Declararme culpable parecía el menor de los males, pero no era culpable de nada. Tampoco veía otra salida. No podía escapar, ni siquiera tenía adónde ir.

La puerta de la habitación se abrió de repente y entró un doctor. Aquella pesadilla no había terminado. Estaba claro que no me dejarían en paz hasta verme en uno de esos centros de reeducación.

—¿Daniel? —preguntó el hombre con voz apagada, debido a la mascarilla de respiración que le cubría la cara. Observé mi rostro reflejado en las gafas e intenté controlarme.

—¿Quién si no? —pregunté, enfadado.

—Soy yo —dijo *Recolector* quitándose la máscara.

—¿Qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco? ¿No sabes que todo esto puede ser muy peligroso?

—¿No pensarías que te iba a dejar en este sitio?

—No puedes hacer nada por mí; jugué a rebelarme y he perdido. Al menos no saben nada de vosotros. Por tu seguridad y la del resto de la pandilla, será mejor que te vayas. Gracias por intentarlo, pero es inútil.

Estaba muy contento de volver a verlo, pero no quería que por una imprudencia pusiera en peligro a todos nuestros amigos. En ese momento yo había aceptado mi condena. Me declararía culpable y después me reuniría con mis padres.

—Tenemos el vehículo. Vamos todos contigo. Bueno, todos menos Norma.

—Es una locura. Saben que estamos en contra de la compañía, pero si encima salimos de la cúpula nos acusarán de rebeldes.

—Si hay algo turbio en la compañía, debemos descubrirlo. Nuestras familias y amigos podrían estar en peligro.

—No se enteran de nada. Son felices en sus mundos virtuales.

—Viven engañados —afirmó *Recolector* con voz grave. Después cruzó los brazos y siguió hablando—. Fuiste tú el que nos abriste los ojos; ahora no puedes dejarnos tirados.

—Es por vuestro bien. Olvidad lo que hemos hablado.

—Iremos contigo o sin ti.

No tenía elección. No podía dejar que fueran ellos solos. *Recolector* me dio unos pantalones y una camiseta, pero no llevaba zapatos, así que tuve que ponerme las zapatillas que había en la habitación. Mi amigo asomó la cabeza por la puerta. Cuando vio todo despejado, salimos por el pasillo.

—No podemos usar el ascensor —advirtió *Recolector*—. Menos mal que este viejo edificio tiene escalera de emergencia.

Bajamos a toda velocidad. *Recolector* tenía un vehículo en el garaje. No sería necesario que me ocultara, mi amigo tenía un plan. Después iríamos a la base de los supervisores de fugas.

En el garaje vimos a varios androides de seguridad. *Recolector* utilizó un mando a distancia para cambiar su configuración, y así consiguió que apareciéramos en la base de datos de personas autorizadas. Hizo lo mismo con los de la entrada. Cuando salimos a la calle, respiramos aliviados, aunque sabíamos que en poco tiempo nuestros rostros aparecerían en cada panel, anuncio y cerebro humano. Teníamos que salir lo antes posible de la cúpula. No había marcha atrás. Desde aquel momento éramos dueños de nuestro destino, pero también esclavos de nuestras decisiones.

Capítulo 11

Mientras atravesábamos las calles a toda velocidad no dejaba de preguntarme cómo sería el mundo más allá de la cúpula. Quienes no han vivido siempre en un lugar cerrado, del que es imposible escapar, puede que no lo entiendan, pero para nosotros era como si nos hubieran criado en una enorme pecera esférica. Desconocíamos qué había más allá, pero, por lo que nos habían contado, la vida fuera de nuestro pequeño mundo artificial era muy difícil.

Imaginaba la cara de mis padres al recibir la noticia de lo sucedido. Nada me dolía más que decepcionarlos, pero no me había quedado más remedio. Esperaba que, al menos, esto no terminase con sus expectativas de convertirse en *ciudadanos*.

Recolector paró el vehículo junto a una fábrica que parecía abandonada. Virtualmente era un edificio corriente; en realidad era un edificio más de la zona sur de la cúpula. Entramos, y *Recolector* me llevó hasta un gran hangar. Dentro había cuatro vehículos enormes, y junto a ellos se acumulaban piezas y herramientas.

Nos acercamos a una gran cabina, la oficina del hangar. Coco y Reb salieron a saludarnos, seguidas por un hombre alto y forzudo, vestido con un traje parecido al de un bombero.

—Estábamos muy preocupadas —dijo Coco. Después se acercó a mí y me abrazó.

Me quedé rígido como un palo. No estaba acostumbrado a tanta expresividad. Reb se limitó a sonreír. El hombre se dirigió a *Recolector*.

—Me estás metiendo en un lío —le dijo.

—Ya sabes que no tenemos otra opción —aclaró *Recolector*.

—Me marcharé con vosotros —afirmó el hombre—. Si me quedo, esos doctores me sacarán las muelas.

—Dejadme que os presente a Sam, mi tío —dijo *Recolector*.

—Pero si tienes nuestra edad... —dije.

—Bueno, son cosas que pasan —dijo *Recolector*—. Mi madre se casó muy joven y su madre, mi abuela, tuvo a su último hijo dos años antes de que yo naciera.

—Hola —dijo Sam—. Espero que estéis acostumbrados a los vaivenes, el calor, las serpientes y el hambre. Eso es lo único que hay allí fuera.

—Entonces, ¿por qué vienes con nosotros? —preguntó Coco.

—Bueno, no me gusta estar encerrado en esta pecera. Prefiero morir lejos que seguir dando vueltas aquí dentro. Además, los vídeos y juegos que me corresponden por mi nivel son una porquería; adoro la adrenalina que me proporciona la vida real.

Aquel tipo robusto y con cara de bonachón podía ser vital para nuestra supervivencia fuera de

la cúpula. Conocía el exterior y sabía manejar el vehículo.

—¿Cómo se sale de aquí? —pregunté.

—Por el túnel de la antigua interestatal 5. Todavía está en uso. Solo hay una pequeña guarnición de androides en la frontera, pero tengo entendido que mi sobrino sabe cómo programarlos para que nos den permiso, ¿verdad, Darius?

—Ya te he dicho que nadie me llama así —dijo mi amigo, frunciendo el ceño—. Será mejor que digas *Recolector*, como todos.

—Está bien. Lo que importa es salir con tranquilidad. Los androides podrían enviar unidades para localizarnos.

—Es lógico. Antes o después nos echarán en falta a nosotros y al vehículo —dije.

—No lo harán —intervino Coco—. Hemos creado las figuras virtuales, así que contamos con tres días antes de que descubran nuestra desaparición.

—Pero el vehículo...

—Esto es un taller, Dan —dijo *Recolector*—. Se supone que el vehículo que vamos a usar está estropeado.

—Habéis pensado en todo —reconocí.

—Quedan cosas por hacer —matizó *Recolector*—. Espero que el juicio se aplace unos días y no descubran tu imagen holográfica en la celda.

Cuando me subí al vehículo, me sorprendió lo amplio que era. En la cabina podían acomodarse seis pasajeros. Además contaba con una sala de descanso con cabinas y mesas, un almacén al fondo y la armería. Las ruedas eran enormes. Se movía por energía solar, con una autonomía de vuelo de tres horas, y estaba acorazado. Allí estábamos a salvo.

—Tenemos víveres para una semana, agua para un mes y una depuradora, en el caso de que se agote —dijo Sam mientras nos enseñaba orgulloso el vehículo.

—Será mejor que salgamos cuanto antes —propuse.

Cada minuto que pasábamos allí nuestra situación se volvía más peligrosa. A pesar de nuestros planes, algo podía salir mal. Era mejor que nos alejáramos antes de que eso sucediera.

El vehículo se puso en marcha silenciosamente. Parecía flotar. Después nos dirigimos al túnel. En unas horas estaríamos al otro lado de la cúpula, más allá de nuestro destino. En un lugar que muy pocos humanos habían estado antes. El precio de la libertad es la incertidumbre, pero si la seguridad es vivir esclavizados por quienes desean controlar nuestras almas y mentes, bendita incertidumbre. Miré a mis compañeros. Sus caras expresaban una emoción que ningún juego virtual había conseguido jamás. La realidad era mucho mejor que todo ese montón de bits artificiales y mentirosos.

Capítulo 12

El túnel era ancho, pero nuestro vehículo ocupaba dos de los carriles por los que circulaban los antiguos coches. Sus enormes ruedas de goma hacían temblar el asfalto desgastado, aunque aquel vehículo podía superar cualquier obstáculo. Incluso ascender una montaña sin esfuerzo. El único defecto era su lentitud: apenas alcanzaba las treinta millas por hora.

Al llegar al puesto fronterizo, los androides nos detuvieron. Pero *Recolector* reaccionó enviando una orden telemática de autorización. El androide jefe levantó la mano y nos dejó pasar. Todos respiramos aliviados cuando dejamos atrás los túneles y llegamos a la gran explanada desierta, más allá de los controles. Era increíble contemplar aquel inmenso espacio vacío. A nuestras espaldas quedaba la gran cúpula, verde y frondosa, con su clima ideal, su temperatura perfecta y sus días despejados. Ahora estábamos en el mundo real.

Un plano y seco horizonte se mostraba ante nuestros ojos. La vista se perdía por los inmensos terrenos que en otro tiempo fueron fructíferos campos de cultivo.

—Es un desierto —dije.

—¿Qué esperabas? —preguntó *Recolector*.

—No sé. Tal vez algún árbol —respondí, sonriente.

—Yo nunca me he alejado mucho de la cúpula —reconoció Sam—. No más de cinco millas. Pero siempre he visto lo mismo: arena, polvo y un sol abrasador. No creo que este aire tan seco sea respirable; al menos es lo que siempre nos han dicho los instructores.

—¿Quién puede vivir en un sitio como este? —preguntó Reb—. Tal vez hicimos mal al dejarlo todo y seguir unas coordenadas de las que desconocemos su verdadero significado.

—¿Acabamos de salir y ya queréis volver? —preguntó *Recolector*—. Venga, estamos viviendo la mayor aventura de nuestras vidas. Un poco de entusiasmo, chicos —añadió. Parecía feliz montado en aquel vehículo de exploración repleto de todo tipo de herramientas.

A los lados de la carretera se veían restos calcinados de coches viejos, granjas destrozadas y árboles secos. Nada mostraba señal alguna de vida. Pensé que quizá me había equivocado. Que la compañía Life System nos había dicho la verdad, y que no había nada fuera de las cúpulas que mereciera la pena.

—Estos vehículos son fantásticos —dijo *Recolector* poniéndose en pie y fisgoneando los mandos.

—Se diseñaron para conquistar otros planetas —aclaró, orgulloso, Sam—. Aunque al final, el único planeta que les interesaba era este. Son increíbles e inexpugnables.

—Apuesto a que si nos lanzan un misil este trasto estallará en mil pedazos —afirmé.

—Hombre, todo puede destruirse si se emplea la fuerza suficiente —dijo Sam, frunciendo el ceño.

—¿Alguna vez habéis visto gente por aquí? —preguntó Coco—. Se oyen rumores de que algunas personas pueden vivir fuera de la cúpula.

—Nunca he visto a nadie —respondió Sam—. Bueno, una vez vimos lo que parecía una manada de lobos, pero puede que fueran imaginaciones nuestras. Cuando llevas el equipo fuera del vehículo, la mente puede jugarte malas pasadas.

—A esta velocidad, ¿cuánto tardaremos en llegar a las coordenadas? —preguntó Reb.

—Calculo que son más de 381 millas —dijo Sam—. A esta velocidad tardaremos doce horas o más.

Tendríamos que tomarnos el viaje con calma. Al poco rato, el grupo se había dispersado por el interior del vehículo. Unos se fueron a comer algo y otros a descansar, pero Coco y yo nos quedamos en la cabina.

—Me alegro mucho de verte —dijo Coco—. Estaba asustada. No sabía qué podían hacerte en un lugar como ese.

—Menos mal que *Recolector* me sacó de allí.

—Nos llegó tu mensaje de alarma. Todos limpiamos nuestras memorias, pero quedamos en verno por la tarde. Nos pusimos de acuerdo para poner en marcha un plan, aunque Norma se opuso. Dijo que era muy arriesgado. Al menos accedió a revisar nuestros hologramas para que no dejen de funcionar todo este tiempo.

—¿Crees que dirá algo a los doctores? —pregunté, preocupado. Coco conocía mejor a su amiga que yo.

—No, no nos traicionará. A ella tampoco le gustan los androides ni el sistema de Life System. Los hologramas estarán las veinticuatro horas vigilados y conectados.

Sabía que el silencio de la mente no era fácil de asimilar al principio, así que me entró la curiosidad.

—¿Qué sientes ahora? —pregunté.

—Al principio tenía miedo. Te parecerá ridículo, pero ese ruido de fondo te hace compañía y evita que te quedes sola contigo misma. Ahora empiezo a acostumbrarme, y siento alivio. Necesitaba recuperar el control de mi mente. Tenía la sensación de que antes no era yo misma, sino algo prefabricado.

Observé sus brillantes ojos azules. Su mirada resplandecía en la claridad del desierto. Sus labios rojos contrastaban sobre su tez blanca y sus perfectos dientes hacían destacar su sonrisa.

—Podías habernos dejado, pero no lo has hecho —dijo Coco—. Sabes que a todos les gustaría convertirse en *ciudadanos*. Es el sueño imposible de todas las categorías, pero tú has preferido descubrir la verdad y dejar a un lado tus privilegios.

—¿De qué sirve la vida sin amigos? —pregunté mientras le cogía la mano—. No somos lo que tenemos, ni tampoco el estatus que otros nos conceden. Poseemos un valor más grande: el que nos dan las personas que nos aman y a las que nosotros amamos. No podía perder eso por una cúpula con lujos y privilegios. No ha sido un acto heroico, sino de cordura.

Mi amiga no se movió. Miró hacia delante, como si aquello la azorara. En la cúpula estaba mal visto el contacto humano: un beso, un abrazo, un simple roce de manos. Todo debía ser virtual. Pero los humanos necesitamos expresar nuestros sentimientos y saber que no estamos solos en el mundo.

Después de tres horas de viaje, *Recolector* dio un grito y señaló a un lado de la carretera. Todos lo miramos, sobresaltados. Aún somnolientos, corrimos a la cabina para que ver qué ocurría.

—¡Mirad! —dijo señalando un lugar en el desierto que nos rodeaba—. ¡Es agua! Parece un lago. Será mejor que comprobemos si hay vida.

—¿Agua? —preguntó Sam—. No veo nada.

—Si el experto no ve nada, es que no hay nada —concluyó Reb.

Recolector tomó los mandos del vehículo y maniobró con todas sus fuerzas. Tuvimos que aferrarnos a lo que pudimos para no caer al suelo. El vehículo rodó campo a través hasta llegar al lago. Era más grande de lo que parecía a simple vista, aunque apenas crecía vegetación en sus orillas. Era el primer sitio con posibilidades de albergar vida que habíamos visto desde que salimos.

—¿Cómo se preparan los equipos? Quiero salir —dijo *Recolector*, emocionado. Debía de sentirse como uno de los primeros hombres en pisar la luna.

—No vamos a salir para ver un charco —dijo Sam.

—A mí me parece buena idea —dije—. Este lugar parece tranquilo, y podremos probar los trajes sin tanta presión a nuestro alrededor.

Quería apoyar a *Recolector*, pero también me picaba la curiosidad. El agua casi siempre llevaba aparejada la vida, y aquel lugar podía ser la primera prueba de que *Virtual Life* mentía.

Tardamos quince minutos en ponernos el traje. Sam, *Recolector* y yo formamos el equipo de exploración. Que fuéramos los chicos no había sido premeditado. Reb era la única que sabía usar los aparatos de comunicación, y Coco pensó que era mejor que Sam y yo acompañáramos a *Recolector*.

El traje era más ligero de lo que pensaba. La tela era una mezcla de metal moldeable y seda, la escafandra era flexible y la bomba era un auténtico generador de oxígeno, que no se agotaba nunca.

Pasamos a la sala de purificación. Una puerta metálica se cerró a nuestras espaldas; después

se abrió la parte trasera del vehículo. Cuando pusimos el pie en la tierra, experimenté diversas sensaciones. Desde luego, la alegría de salir por fin de la cúpula en la que había pasado toda mi vida, pero también tristeza por tener que contemplar aquel mundo desconocido a través de un cristal.

Fuimos al lago. El sol resplandecía sobre el agua. No se veían aves ni ninguna otra clase de animales.

—¿Se puede entrar con esto en el agua? —preguntó *Recolector*.

—Sí —contestó Sam.

Entramos en el agua hasta las rodillas, después hasta la cintura, y por fin nos sumergimos. Estaba clara, pero no encontramos vida. Solo vimos unos coches antiguos en el fondo. Nos acercamos a uno de ellos. Era extraño que estuvieran bien conservados. Aunque el agua había deteriorado el metal, aún se podía ver bien la forma de los vehículos.

Me acerqué a la ventanilla de uno de ellos y me asomé. Una calavera me miró con sus cuencas vacías y di un respingo, golpeándome la cabeza con el metal.

—¿Has visto un fantasma? —bromeó *Recolector*.

—Sí, está frente a mí en este momento —refunfuñé.

—Venga, no te enfades.

Salimos a la superficie, desilusionados. No habíamos encontrado vida, pensé mientras volvíamos al vehículo, pero al menos habíamos probado los trajes.

—¡Cuidado! —gritó entonces *Recolector*.

Me detuve y miré a mi alrededor, pero no vi nada anormal. Mi amigo estaba empezando a perder la cabeza.

Recolector se lanzó a mis pies y cogió algo del suelo. Después lo miró detenidamente. Sam se acercó. Un pequeño cangrejo blanco se movía, inquieto, sobre el guante de mi amigo. Habíamos encontrado el primer indicio de vida.

Capítulo 13

La alegría de aquel descubrimiento se prolongó hasta la cena. Que un pequeño cangrejo pudiera vivir a orillas de un lago no significaba que los seres humanos también pudieran hacerlo, pero demostraba que la atmósfera se estaba regenerando. Tal vez en un par de generaciones los humanos podrían vivir de nuevo en el exterior de las cúpulas, pensé mientras comíamos la insípida comida que llevábamos a bordo.

—Es un descubrimiento increíble —dijo *Recolector*, emocionado.

—Es una prueba, pero tampoco significa que podamos dar por hecho que las personas pueden respirar ese aire contaminado —reflexionó Reb.

—No, claro —reconocí—. Solo confirma la idea de que la atmósfera se está regenerando.

De pronto se oyó un pitido, y Sam se dirigió rápidamente a la cabina. Los demás lo seguimos, temerosos de que estuviera ocurriendo algo grave.

—Es una alarma —explicó Sam—. Se activa cuando un vehículo a motor se aproxima a nuestra posición.

—¿Terrestre o aéreo? —pregunté.

—No lo sé. Por su velocidad, puede tratarse de una nave.

—¿Hay algún lugar en el que podamos escondernos? —pregunté, preocupado—. Quizá solo sean drones de reconocimiento.

—Nos han descubierto —dijo, alarmada, Reb.

—No, seguro que pasan de largo —opinó Coco.

Sam consultó el mapa tridimensional de la pantalla. Teníamos que encontrar un lugar seguro en el que escondernos y desconectar todos los sistemas para evitar que nos localizaran.

—¿Este cacharro se puede sumergir? —pregunté.

—Sí, claro. Es anfibio —contestó Sam.

—Hay un lago artificial a menos de una milla —dije—. Tenemos que llegar antes de que nos localicen. Cuando estemos en el fondo, desconectaremos los sistemas.

—Los sistemas solo pueden estar inoperativos una hora. El oxígeno se consume rápidamente con los motores detenidos.

—No estaremos tanto tiempo bajo el agua.

La zona del lago estaba arbolada, a diferencia de lo que habíamos visto hasta ahora; parecía un antiguo lugar de recreo. El vehículo partió dos árboles por la mitad antes de detenerse junto a la orilla. Después nos sumergimos en las verdes aguas. Nos llevó unos minutos alcanzar la zona más profunda. Sam apagó los sistemas, y se hizo el silencio más profundo que había escuchado nunca.

Fascinados, vimos que la luz del atardecer penetraba hasta nuestra ubicación. Debíamos de encontrarnos a poco más de cinco metros de profundidad, pero la sensación era la misma que si estuviéramos en el fondo del océano.

—¿Desde aquí oiremos a los drones? —pregunté.

—No —respondió Sam—. Esperaremos una hora, y después regresaremos a la superficie.

Observábamos el agua por el amplio cristal de la cabina y de pronto vi una sombra. Pensé que solo la había visto yo, pero los demás reaccionaron sorprendidos. Poco después, media docena de peces pasaron frente al cristal.

—Creo que se confirma que hay vida animal en el planeta —dijo Sam con una sonrisa.

—Y no son cangrejos minúsculos —añadió Coco.

Recolector se molestó. Al parecer, su gran hallazgo había quedado en nada.

Transcurrida una hora salimos a la superficie. Habíamos recorrido ya la mitad del camino. Por fortuna, nuestro vehículo podía desplazarse con el piloto automático hasta las coordenadas fijadas.

Estábamos tan cansados que nos echamos un rato. Despertamos solo cuando el vehículo se detuvo misteriosamente.

Sam fue el primero en acudir a la cabina; los demás llegamos después. Nos encontrábamos en la vieja ciudad de Los Ángeles. En concreto, en el 6917 de Hollywood Bulevar, frente al Teatro Chino. Era sorprendente que el edificio aún se mantuviera en pie. Las grandes columnas rojas estaban descoloridas y parte del verde techo se había desplomado, pero allí estaba el antiguo templo del cine, el lugar donde cien años antes se entregaban los premios a las mejores películas.

—¿Estas son las coordenadas exactas? —preguntó Coco, extrañada.

—Sí, justo en este edificio —confirmó *Recolector* tras consultar el mapa.

—Esta vez no me quedo en el vehículo —dijo Coco.

—Yo tampoco —añadió Reb.

—No importa. Si queréis, me quedaré yo —dije, resignado.

—No, me quedo yo —propuso *Recolector*—. Ya manejo bastante bien el panel de control.

Sabía lo importante que era para él aquel momento, pero una vez más se sacrificaba por los demás. Mi amigo no dejaba de sorprenderme.

—No es realidad virtual, pero lo parece —dijo Coco.

—Lo había visto en cientos de películas, videoclips y juegos, pero me emociona verlo en realidad —dijo Reb, que por primera vez mostraba algo de entusiasmo desde que salimos.

Embutidos en los trajes de protección, diez minutos después estábamos pisando las estrellas de Hollywood sobre el suelo de la calle más famosa del mundo.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Sam.

—No estoy seguro —contesté mientras subíamos por la escalinata—. Quizá otra señal, o una pista sobre los rebeldes.

Entramos en el gran patio circular con sus inmensas estatuas de elefantes y los antiguos soportales de las tiendas. Todo estaba estropeado, descuidado; aquel edificio era, seguramente, la sombra de lo que algún día había sido, pero estábamos emocionados. Entonces vi una marca en la columna de uno de los elefantes. La señal indicaba una gran puerta que imitaba el estilo del antiguo reino de Babilonia. Caminamos hasta un viejo pasillo, que en el estado en el que se encontraba parecía más una gruta. Al fondo había unas puertas de cristal, que logramos abrir con esfuerzo. Encendimos las lámparas de nuestros cascos y caminamos hasta llegar a una sala de grandes dimensiones. Eran las tripas del viejo teatro.

En el escenario había una enorme pantalla; muchas de las butacas estaban arrancadas, los cortinajes, rotos y una colosal y polvorienta estatuilla de los Óscar se erguía en medio.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Reb.

—Sí, mirad eso —dije.

La pantalla se iluminó de repente. Nunca habíamos visto algo tan primitivo y fascinante al mismo tiempo como las imágenes que salían de aquel proyector. No había tres dimensiones ni lo observábamos directamente con nuestros ojos, sino que era el viejo y clásico cine.

De pronto se oyó una voz.

—Por favor, el pase va a comenzar. Siéntense.

Nos acercamos, temerosos, y nos sentamos en las butacas centrales. Lo que estábamos a punto de ver era parte de nuestra historia, de nuestra propia vida, aunque hasta ese momento lo ignorábamos.

Capítulo 14

Me sorprendió que una película fuera el único recibimiento que nos esperaba después de un viaje largo y peligroso, pero en cuanto el narrador comenzó a explicar la historia de nuestro mundo lo entendí todo.

La primera parte no difería mucho de lo que ya nos habían enseñado en el museo. Hablaba sobre el cambio climático, el fin de un mundo que padecía hambre, guerras e injusticias, pero en cuanto se empezó a hablar de los padres fundadores, de la idea de crear las cúpulas y de la compañía Life System, la versión de la película difería de la oficial.

—Las cúpulas se crearon provisionalmente. Su misión era proteger a la población que había sobrevivido al duro cambio climático de las últimas décadas. El Gobierno de Estados Unidos encargó su construcción a Life System, que en los últimos años se había convertido en la mayor empresa tecnológica del mundo, superando a Apple, Microsoft y Samsung. Life System levantó su primera cúpula cerca de San Diego, al sur de Los Ángeles. El proyecto fue un éxito mayor del que se había esperado. La gente se agolpaba en los accesos para que los dejaran entrar; el aire radiactivo, el clima extremo y el hambre diezmaban y aterrorizaban a la población. Se fueron creando más cúpulas. Life System era cada vez más poderosa y el Estado, más débil. Hasta que la compañía dio un golpe de Estado y abolió la Constitución, sustituyéndola por las Leyes Virtuales. Desde entonces se impuso la implantación de lentillas a los niños y la prohibición de desconectarse de la Red. Los doctores sometieron a los habitantes de las cúpulas hasta convertirlos en esclavos, aunque un grupo huyó y resistió en Los Ángeles. Al sur de la ciudad, un grupo de hombres y mujeres libres formaron una sociedad justa en la primera Granja. Pero la sombra de las cúpulas era muy alargada. Los dueños de Life System destruyeron la Granja y propagaron que el aire era irrespirable, que el mundo no albergaba vida y que la única manera de sobrevivir era en las cúpulas. Cambiaron la historia accediendo a la mente de las personas. Las condiciones de vida de las diferentes categorías fueron empeorando cada año, aunque todos ellos vivían en su fantasía virtual.

»Si estás viendo esta cinta es que has escapado de las cúpulas. La única zona habitada está a unas millas de aquí, en Santa Ana. Le damos la bienvenida a la sociedad de los *relatores*.

Las revelaciones de aquella película me dejaron impresionado. Estábamos en lo cierto. Un grupo de personas se habían rebelado contra el régimen impuesto por Life System y habían intentado vivir en el exterior de las cúpulas. Personas que sobrevivían sin la tiranía de lo virtual, que no necesitaban estar conectadas las veinticuatro horas del día. Sus mentes estaban limpias, silenciosas, como un campo mecido por el cálido viento del mediodía.

Permanecimos unos minutos observando la pantalla en blanco, asimilando aquella información. Por fin, Coco habló.

—No han explicado las causas que llevaron a Virtual Life a mantener las cúpulas, pero está claro que no es el bien común ni la ayuda a la humanidad. Tenemos que ir a Santa Ana y conocer a los *relatores*.

—Estoy de acuerdo —dije.

—No sé si es prudente continuar más tiempo fuera de la cúpula —apuntó Reb.

—Estoy tan alucinado —reconoció Sam— que apenas tengo palabras, pero si hay que votar, creo que lo mejor es ir a Santa Ana y descubrir qué está pasando.

Escuchamos un zumbido en los cascos del traje, y después la voz asustada de nuestro amigo *Recolector*.

—¡Alarma! Por favor, dejad lo que estéis haciendo y volved enseguida al vehículo. Unos drones están sobrevolando la zona.

Echamos a correr. Solo teníamos espadas láser y un par de pistolas eléctricas aturdidoras; no podíamos enfrentarnos a nada ni a nadie en esas condiciones.

Cuando llegamos a la calle, los drones estaban encima del vehículo, escaneando su interior. Al vernos, uno de ellos se dirigió directamente hacia nosotros.

—¡Cuidado! ¡Pueden alterar nuestra frecuencia! —grité mientras intentaba llegar a la parte trasera del vehículo.

Dos docenas de androides aparecieron de repente al otro lado de la calle. No sabíamos de dónde habían salido, pero si lograban interponerse, no podríamos subir al vehículo. Y lo peor era que aquel trasto, al ser solo de exploración, no tenía armas ni mecanismos de defensa.

—¿Disparamos? —preguntó Coco.

—Estas pistolas solo sirven para aturdir a un atacante humano, pero son inservibles contra los androides —expliqué.

—Pero esto no —dijo Sam, empuñando su espada láser.

Aquellas armas eran ceremoniales y se utilizaban en competiciones jedi, imitando a los personajes de *Star Wars*. Algo un poco friki, pero vivíamos en un mundo en el que todo era imagen, apariencia y ficción.

Sam se lanzó contra los primeros androides, que se limitaron a defenderse pero sin usar sus armas de fuego. El primer androide perdió un brazo y el segundo, una pierna, pero aquello apenas nos permitió ganar un poco de tiempo. Me puse hombro con hombro con Sam y conseguimos parar a los androides, mientras Coco y Reb llegaban hasta el vehículo. Corrimos tras ellas, y entramos en el momento en que los androides debieron de recibir la orden de disparar, porque los destellos de los rayos chocaron contra la puerta del vehículo.

—¡Por los pelos! —exclamé.

—Sí, aunque los tuvimos lo justo —añadió, sonriente, Sam.

Nos lo tomábamos como un juego. Estábamos tan acostumbrados a la realidad virtual que apenas éramos conscientes de que podíamos morir.

En la cabina miré a *Recolector*. Estaba tan nervioso que no sabía cómo reaccionar. Miraba alelado cómo los androides disparaban contra nosotros.

—¡Vámonos! —grité para despertarlo.

Recolector puso en marcha el vehículo, y aplastó a cuatro androides que no se apartaron a tiempo.

—Buena tortilla de androides —bromeó Sam.

—¿Cómo podemos despistarlos? —pregunté—. Seguro que tienen vehículos y no será fácil huir. Y además me preocupan los drones.

—No podemos ir a Santa Ana —dijo Coco—. Si nos persiguen, descubrirán a los *relatores*.

El vehículo bajó en dirección oeste mientras pensábamos en la manera de escapar de nuestros perseguidores. Enseguida dejamos de ver a los androides, pero los drones nos acechaban desde el aire.

—¿Podemos interferirlos? —pregunté a *Recolector*. Sabía que él era capaz de cambiar la configuración de casi cualquier cosa.

—Tienen varias protecciones —respondió—. Si intento acceder a sus funciones de mando, podrán interceptarnos.

—¿Y si cambias el planteamiento? —preguntó Reb—. No accedas a sus funciones, límitate a interferir en las órdenes; que uno vea al otro como potencial enemigo.

—No te entiendo —contestó *Recolector*.

—Es muy fácil. Observa.

Reb comenzó a teclear varios códigos y después miró a los drones. Eran aparatos con cierta independencia de decisión, pero, al fin y al cabo, obligados a seguir instrucciones. A los pocos segundos, los dos artefactos voladores se estaban atacando uno al otro. Uno de ellos logró alcanzar al otro, que empezó a echar humo, pero después el segundo disparó, derribando a su oponente. El vencedor comenzó a dar vueltas sobre sí mismo, como si se hubiera vuelto loco, y se estrelló contra el suelo.

—¡Bien! —gritamos a la vez.

Cuando se nos pasó la euforia, fui el primero en plantear mis dudas.

—Si esos drones nos han encontrado, es porque nos buscan desde las cúpulas.

—Puede que solo fueran tropas de reconocimiento —dijo *Recolector*.

—No lo creo —añadió Sam—. Están muy lejos de la cúpula más cercana.

—Entonces han descubierto nuestro plan —aventuró Reb, horrorizada.

—No podemos volver a casa —concluyó Coco con nerviosismo.

—Pudimos salir y lograremos entrar de nuevo, aunque lo más importante ahora es encontrar a los *relatores* —dijo *Recolector*—. Debemos saber todo lo que sucede dentro de las cúpulas para desenmascarar a los doctores y *ciudadanos*. La gente nos escuchará y se rebelará.

—Están todos conectados —dije, intentando que mi amigo no se hiciese demasiadas ilusiones.

—También lo estábamos nosotros —replicó Coco.

—Por lo que sabemos, los relatores solo lograron salir del radio de frecuencia de las cúpulas —dije—. No sabemos qué puede pasar cuando nos acerquemos de nuevo a ellas —intentaba hacerles ver que no sería fácil movilizar a una población adormilada contra un sistema que les facilitaba las cosas.

Tras consultar el mapa, nos dirigimos a Santa Ana sin mucho ánimo. Las decisiones que habíamos tomado nos llevaban a un destino incierto. No sabíamos entonces que la extraña sensación de libertad siempre lleva aparejada cierta dosis de soledad. Mientras seguíamos a las masas, incapaces de ser conscientes de nuestro destino, todo parecía más fácil. Ahora teníamos que tomar nuestras propias decisiones, y eso resultaba doloroso y difícil.

Capítulo 15

Nuestro vehículo estaba intacto, pero no nuestro ánimo. Desde el ataque de los drones y los androides, el excitante viaje de exploración había terminado. Ahora estábamos viviendo una misión peligrosa y, lo peor de todo, tal vez inútil. La película nos había recomendado ir a Santa Ana —un pequeño pueblo al sur de Los Ángeles—, pero no sabíamos cuánto tiempo llevaba aquel aviso en el Teatro Chino de Hollywood. Temíamos, aunque ninguno lo reconociera, que en Santa Ana solo quedaran las ruinas del antiguo refugio de los rebeldes. Y, aunque hubiera aún *relatores*, ¿seríamos bien recibidos? Al fin y al cabo, proveníamos de las cúpulas; para ellos éramos poco menos que enemigos.

Mientras meditaba estas ideas tumbado en mi camastro, oí unos pasos. Coco apareció por la puerta. Parecía preocupada, aunque al ver que la miraba empezó a sonreír.

—Creía que estabas durmiendo —dijo.

—La verdad es que estoy muy cansado, pero no puedo dormir. No dejo de darle vueltas a varias ideas.

—Al menos estás acostumbrado a pensar por ti mismo, pero esto para mí es una condena. Esa vocecilla interior que los medios virtuales habían acallado tanto tiempo ahora no para de hablarme.

—Seguro que se te pasará. Al principio la mente es como un caballo desbocado, pero en un par de días la mantendrás a raya.

—Los drones y androides no estaban allí por casualidad, ¿verdad? Salieron para buscarnos, lo que significa que en nuestra cúpula ha saltado la alarma de nuestra fuga. ¿Crees que pueden hacerles algo a nuestros padres? ¿Qué le habrá pasado a Norma? —me preguntó frunciendo los labios, como si verbalizar sus pensamientos le resultara más doloroso que mantenerlos dando vueltas en su mente.

Guardé silencio. Dijera lo que dijera, no disiparía sus dudas. El miedo, la incertidumbre y la falta de esperanza son más fuertes y resistentes que el consuelo o el ánimo que podemos dar a las personas que más amamos.

—Lamento haberte involucrado en esto —dije por fin, abrumado por el sentimiento de culpa—. A veces uno actúa como si fuera invencible o inmortal, pero eso solo demuestra lo ingenuos que podemos llegar a ser los seres humanos. He sido temerario; debí haberme callado y trasladarme a la cúpula de Silicon Valley.

—No, hiciste bien en sospechar, y en contarnos tus dudas. Yo hubiera hecho lo mismo. No podías permitir que siguiéramos viviendo en esa mentira. A veces es mejor enfrentarse a la verdad, por dolorosa que esta pueda ser.

—Pero vivir engañados es mejor que morir.

—Nuestra vida era una muerte en vida. Parecíamos zombis controlados por control remoto. Dan —añadió, mirándome muy seria—, no quiero vivir así. No quiero que vivamos así.

Recolector entró en el cuarto y Coco se apartó rápidamente de mí. Mi amigo nos miró.

—Bueno, tortolitos —dijo con una sonrisa—. Estamos a punto de llegar a Santa Ana. Ya tendréis tiempo para tratar vuestras cosas más tarde.

—Solo hablábamos —aclaró Coco.

—Ya, hablando. Bueno, Sam quiere que echéis un vistazo al pueblo. Al parecer es más grande de lo que creíamos, y no tenemos ni idea de dónde puede estar ese «paraíso».

Nos dirigimos a la cabina. A pesar de las casas derruidas, los coches abandonados y la basura tirada por las calles, la ciudad conservaba aún la hermosura de sus construcciones.

—¿Creéis que este es el sitio? —preguntó Sam.

—No —contesté—. Tiene que ser una zona despejada. No creo que hayan creado su colonia en mitad de la ciudad.

—Pues he consultado el mapa, y el único lugar cercano que cumple esas características está algo más al este —dijo Sam.

—¿Cómo se llama el sitio exactamente? —preguntó *Recolector*.

—Limestone Canyon, al pie de esas montañas —explicó Sam.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar? —pregunté.

—Cerca de una hora.

Así que fuimos hasta Limestone Canyon. Llevábamos varios días atravesando calles derruidas y zonas residenciales convertidas en verdaderas selvas, por eso cuando el vehículo entró en los límites de aquel enclave tan frondoso nos quedamos sin palabras. Estábamos acostumbrados a pensar que todo lo que estaba fuera de las cúpulas era desolación y muerte.

—Parece que el mundo no está tan seco como nos decían en la cúpula —dijo Reb.

—Esto parece enorme —afirmó Coco—. ¿Por dónde empezamos?

—Subiendo por la montaña hay un lago —reveló *Recolector* tras un vistazo al mapa—. Si esta gente montó un campamento o una pequeña ciudad, debe de estar cerca del agua.

—Buena idea —dije—. Avancemos unas millas.

Media hora más tarde estábamos a orillas de lo que el mapa llamaba «el gran lago Irvine». Llegamos a una zona vallada con una verja roja. La vieja puerta estaba caída en el suelo y se veían coches calcinados en el aparcamiento. Nos adentramos con el vehículo hasta la misma orilla del lago.

—¿Quién saldrá esta vez? —pregunté.

—Yo prefiero quedarme aquí —dijo Reb.

—Está bien —dije—. El resto, preparaos.

Caminamos por lo que debió de ser un lugar de vacaciones. En otra explanada había caravanas, y en medio del aparcamiento, una gran casa de una planta.

—Será mejor que comencemos por ese edificio —propuse.

—No, será mejor que nos marchemos —me corrigió Coco—. Esto no puede ser el campamento de los rebeldes.

—No sabemos si están escondidos por aquí —dije—. A lo mejor viven en algún refugio subterráneo.

—Te aseguro que me imaginaba el paraíso de otra manera —afirmó Sam.

La verdad es que aquel lugar resultaba decepcionante, pero no por eso íbamos a dejar de buscar. No podíamos regresar con las manos vacías, con la idea de que todo aquel sacrificio había sido en vano.

Caminamos hasta un viejo embarcadero, pero no encontramos a nadie. Después nos adentramos por entre los árboles, pero tampoco hallamos vestigios de ningún campamento habitado. Estábamos a punto de regresar a nuestro vehículo cuando escuchamos un rugido a nuestras espaldas.

—¿Qué es eso? —preguntó Sam.

Cuando nos giramos, vimos a lo lejos dos leonas y un león que venían hacia nosotros. Su paso era tranquilo, pero no teníamos ninguna duda de que nos veían como su cena.

—No corráis —advirtió Sam en tono suave.

—¿Qué hacemos? —preguntó *Recolector* con voz temblorosa.

—Subir a uno de esos árboles o correr hasta el vehículo —respondió Coco.

—El vehículo está muy lejos —dijo Sam.

—Puede que las espadas láser los disuadan —aventuró *Recolector*.

—Yo que tú no lo intentaría —dije—. Son muy grandes, y atacan en grupo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Coco, asustada. Estábamos paralizados por el miedo, sin saber qué hacer.

Los leones seguían avanzando, lentamente, en posición de ataque.

—Hay que hacerles frente —dijo Sam.

Los felinos rugieron y se lanzaron velozmente hacia nosotros. Por fin, desesperados, echamos a correr para salvar nuestras vidas.

Tercera parte

El paraíso está en el norte

Capítulo 16

Los leones nos daban alcance. Echamos a correr, pero no teníamos nada que hacer frente a su agilidad. Además, los trajes especiales entorpecían nuestros movimientos. Apenas habíamos recorrido la mitad de la distancia que nos separaba del vehículo cuando *Recolector* tropezó y cayó al suelo. Sam y yo lo levantamos, pero el león se nos echó encima. Sus zarpazos destrozaron el traje de *Recolector*; mi amigo gritaba al sentir las garras penetrando en su carne. Saqué la espada láser y le corté una pata al león. A pesar del dolor, la fiera se abalanzó contra mí con toda su fuerza. Las leonas atacaron a Sam y *Recolector*, mientras que Coco sacaba su pistola aturdidora y apuntaba a una de ellas. Entonces se escuchó un disparo, seguido por otros dos. Los tres animales cayeron a nuestros pies, pero no se veía ni rastro de nuestro salvador.

—¿No saben que es peligroso andar por estos lugares sin armas de fuego? —gritó una voz entre los árboles.

—Muchas gracias por ayudarnos —dije, volviéndome hacia donde se escuchaba la voz.

—Me han facilitado la comida para unos días —reveló la voz—. No tienen por qué darme las gracias.

—¡Mi pierna! —se quejó *Recolector*.

Coco se agachó para examinar la herida, mientras Sam y yo intentábamos ver qué aspecto tenía la persona que nos había salvado.

—¿Por qué llevan esos ridículos trajes? —preguntó la voz.

—La atmósfera es corrosiva y el aire está contaminado —respondí.

El hombre soltó una carcajada, que me molestó. Aquel tipo nos acababa de salvar la vida, pero estaba siendo desconsiderado.

—Hace más de veinte años que el aire del exterior de las cúpulas es mejor que el que se respira dentro. Esos estúpidos trajes solo les impiden moverse con rapidez en un lugar peligroso. Esta vez han tenido suerte, pero la próxima no estaré tan cerca para hacerles de niñera.

—¿Quién es usted? —pregunté, molesto—. ¿Por qué no da la cara?

Un hombre canoso con el pelo recogido en una coleta salió de entre la maleza. Llevaba un gran rifle de asalto en las manos. Vestía de camuflaje, calzaba unas pesadas botas de montaña y cargaba una mochila verde.

—Soy Charly. No sabía que aún había forasteros que viniesen tan al sur —dijo el hombre. Su sonrisa resaltaba las arrugas de la cara, pero su aspecto era saludable.

—Según un vídeo que vimos en Los Ángeles, en este lugar está el campamento de los rebeldes —dije, impaciente.

—¿Todavía funciona esa película? Es increíble. Lleva haciéndolo desde hace treinta años. Lamento decirles que el campamento de los rebeldes desapareció. Hace quince años llegó un ejército de drones y androides; nunca había visto tantos. No sé cómo se enteraron de que estábamos aquí, pero mataron a la mitad de la población e hicieron prisioneros a un tercio de los que sobrevivieron.

—¿Y el resto? —pregunté.

—La mayoría se desplazó más al norte; tal vez tenían miedo de sufrir otro ataque.

—¿Por qué se quedó usted aquí?

—Llevo aquí toda mi vida. Si esos cacharros vienen a matarme, primero acabaré con un buen número de ellos, y después dejaré este mundo como llegué a él: sin nada.

—Entonces, ¿la colonia ya no existe? —preguntó Sam.

Habían logrado que *Recolector* se incorporara, pero este mostraba un gesto de dolor que me dejó preocupado. La infección de una herida como aquella podía complicarse.

—Dejadme que le ponga un ungüento especial que yo mismo preparo —se ofreció Charly.

Mientras sacaba del zurrón un botecito de plástico con un líquido verde y espeso, el hombre siguió hablando.

—Hace más de veinte años formamos aquí una colonia. Estábamos hartos de los abusos de las autoridades de las cúpulas y queríamos comprobar por nosotros mismos si el aire estaba contaminado. Ya habían pasado casi cincuenta años desde el gran cambio climático y teníamos la esperanza de que la atmósfera se hubiera regenerado por completo. Además, no aceptábamos las leyes de Life System. Cuando salimos de las cúpulas cercanas a San Diego y San Francisco y vimos que podíamos respirar sin dificultad, los doctores y *ciudadanos* montaron en cólera. Temían una huida masiva por parte de los habitantes; por eso se inventaron aquello de que moriríamos como consecuencia de la contaminación y la radiación, aunque estas tardaban en manifestarse. Decidimos alejarnos de nuestras dos ciudades de origen y buscar refugio en estos montes solitarios. Dejamos mensajes de aviso y advertencia contra el poder de las cúpulas, y también las coordenadas de un punto de encuentro...

—El teatro que visitamos en Los Ángeles era uno de esos puntos —afirmé.

—Sí, era mejor no traerlos aquí directamente. Si las personas que querían dejar las cúpulas podían encontrarnos, los doctores y *ciudadanos* también darían con nosotros, y nos destruirían.

—Entiendo, pero ¿qué pasó en la colonia? —preguntó Coco.

La mirada de Charly se nubló por un momento. Sus ojos verdes parecían ahora apagados, como los de un anciano arrastrado por la melancolía.

—Nos encontraron, y se comportaron de la manera más cruel que se puedan imaginar. No tuvieron compasión. Los que no murieron fueron esclavizados, aunque unos pocos escaparon rumbo al norte y formaron una nueva colonia. Nunca he estado allí ni sé si continúa activa.

—¿Al norte de qué? —pregunté—. ¿No sabe exactamente dónde están?

—Cerca de Alaska, pero ignoro las coordenadas.

Después de curarle la herida a *Recolector*, el anciano la vendó con unas gasas limpias. Mientras *Recolector* se recuperaba, le contamos al anciano nuestra fuga de la cúpula, y los planes que habíamos hecho. Ahora, todos pensábamos que era mejor dejar aquel lugar. Allí no teníamos nada que hacer.

—Tienes algo especial, chico —dijo Charly, señalándome—. Alguna vez he visto a otros como tú. Los llaman visionarios o videntes. Ese don puede ser un peligro, pero también una bendición. Eres capaz de captar lo que a otros les pasa inadvertido. Tus ojos se liberaron de las garras de la visión virtual por sí mismos; eso no fue casualidad. Sabrás encontrar el camino. Tienes un destino que cumplir.

Todos lo miramos, sorprendidos. Después me quité la escafandra. Estaba seguro de que aquel hombre nos había contado la verdad, de que su corazón era tan transparente como su limpia mirada.

Mis amigos se quedaron estupefactos cuando di mi primera bocanada de aire puro. Fue una de las sensaciones más extrañas de mi vida. Hasta ese momento nunca había respirado aire sin depurar o climatizar. Noté un cosquilleo en la garganta, y tosí ligeramente.

—¿Estás bien, Dan? —preguntó Coco.

—Sí, perfectamente —respondí con una sonrisa.

Todos me imitaron, y se desprendieron de los trajes especiales. Notamos por primera vez el calor del sol y la caricia de la brisa sobre nuestra piel. Éramos libres, capaces de percibir el mundo a través de nuestros sentidos naturales, sin necesidad de atmósferas artificiales ni burbujas de cristal.

—Gracias —dije, estrechando la mano de aquel hombre.

—Me alegra ver a gente joven capaz de enfrentarse a su destino —contestó.

—Intentaremos encontrar a los rebeldes —afirmé.

—Lamento no poder ayudaros, pero estoy seguro de que lo conseguiréis.

Después nos dirigimos al vehículo. Entonces Charly nos llamó, y nos giramos para ver qué quería.

—Tengo armas en mi refugio. Además, se hace de noche. Si queréis, podéis quedaros allí hasta el amanecer. Mi única compañía es un hurón, dos perros y tres gatos.

—Será un placer —dije. Los demás asintieron.

—Además cocino la carne de león como nadie a este lado del viejo estado de California —bromeó el hombre.

Nuestro vehículo siguió al de Charly tres o cuatro millas por montes escarpados, y después nos detuvimos frente a una cueva reconvertida en casa. Tapamos los vehículos con ramas para que

los drones no los localizaran y entramos.

Nos acomodamos en el salón mientras Charly encendía la chimenea y preparaba la cena. Poco después nos llegó el aroma de la carne asada.

Nos sentamos en una larga mesa hecha con retazos de manteles rotos. Cada plato era de una vajilla distinta, y lo mismo sucedía con cubiertos y vasos, pero la hospitalidad de aquel hombre nos emocionó.

—¿Qué tal va esa pierna? —preguntó Charly.

—Muy bien, apenas me duele —contestó *Recolector* de buen humor.

Disfrutamos mucho de la cena. Nunca hubiera pensado que la carne de león pudiera gustarme.

—¿Cómo es posible que haya leones en esta zona? —preguntó Reb.

—Cuando comenzó el cambio climático —explicó Charly—, en el extremo del lago había un zoo con animales de todos los países del mundo. Algunos lograron escapar y se multiplicaron, así que ahora la zona goza de buena caza mayor: elefantes, jirafas, búfalos, gacelas y osos.

—Qué curioso —dijo *Recolector*—. Pero supongo que también encierra peligros.

—Por eso os quiero dar armas. La vida en el exterior de las cúpulas es mucho mejor, pero no está exenta de peligros. Animales, bandidos, zonas contaminadas y otros extraños seres que es mejor no encontrarse en una noche oscura —dijo Charly, enigmático.

—Iremos con cuidado —prometí.

De postre, Charly nos tenía reservada una excelente cuajada de leche de oveja.

—Eres un gran cocinero —alabó Coco.

—La cocina es una de esas cosas que nos hace superiores a los animales —dijo Charly—. El día que deje de guisar posiblemente habré perdido la batalla contra mis instintos más básicos.

—¿Por qué no se viene con nosotros? —preguntó Sam—. Puede que encuentre a alguien conocido.

—Soy demasiado viejo. Mis piernas flaquean cada vez más. Me gustaría pasar aquí mis últimos días; estas paredes son mi hogar.

—¿Qué hacía antes de dejar las cúpulas? —preguntó Coco.

—Era doctor.

Todos lo miramos, sorprendidos. Junto a los *ciudadanos*, los médicos eran las personas más importantes de las cúpulas. Nunca habíamos escuchado un caso en el que alguien renunciara a ese privilegio.

—¿Por qué prefirió abandonarlo todo y venir aquí? —pregunté, intrigado.

—Puede que muchos piensen que una vida de privilegios y honores es lo mejor que le puede pasar a un ser humano, pero en muchos casos esos privilegios y honores no tienen nada que ver con los méritos propios —dijo Charly mientras se apoyaba en el respaldo de la silla—. Nací en una familia de doctores; desde hace más de cinco generaciones todos los varones nos hemos

dedicado a esa profesión. En sus orígenes era uno de los oficios más nobles creados por el hombre: sanar vidas, devolver la salud y la esperanza al que la ha perdido. Tal vez sea la experiencia más gratificante que conozco. Pero cuando mi abuelo comenzó a practicar la medicina, todo se degeneró.

La sala estaba tenuemente iluminada por dos lámparas de aceite y por el fuego de la chimenea. Pensé en viejos relatos de aventuras y terror, contados a la luz de las velas. Las historias parecían ganar en aquel ambiente.

—¿Por qué dice que la profesión de los doctores se corrompió? —pregunté.

—Llegó un día en que dejó de importar la curación de los enfermos. Los doctores se enriquecían gracias a la pobreza y el sufrimiento de sus pacientes. Mansiones, coches de lujo, vacaciones en los lugares más exclusivos a costa de robar a sus pacientes con precios abusivos. Mi padre no estaba de acuerdo con aquel sistema y creó un hospital benéfico. Su bondad contrastaba con la avaricia de sus colegas, que lo acosaron para que lo cerrara. Un día, mi padre vio una gran nube de humo cuando se dirigía al hospital. Al acercarse comprobó que el edificio ardía; muchos enfermos no pudieron ser evacuados a tiempo. Aquello fue su ruina, y él siempre pensó que el incendio fue provocado. Cuando yo empecé los estudios, decidí seguir sus pasos. Pero el ambiente que me rodeaba, la vida despreocupada, me convirtieron en uno de ellos.

Nos encantaba escuchar historias antiguas, anteriores al mundo que nos había tocado vivir. Comprendíamos que nos ayudaban a entendernos más a nosotros mismos.

—En ese momento se construyeron las primeras cúpulas, y los médicos no solo mantuvimos nuestros privilegios, sino que los aumentamos —siguió contando Charly—. Las leyes de Life System establecieron que a todos los recién nacidos les fueran implantadas lentillas virtuales. Si los padres se negaban, perdían la custodia de sus hijos. Al principio no me importó nada de aquello. Mi vida era un sueño; tenía todo lo que podía desear. Pero una noche encontré a mi padre enfermo, tirado junto a la puerta de mi mansión. Lo cogí en mis brazos y lo llevé hasta mi habitación. Estaba vivo, pero no le quedaba mucho tiempo —explicó con un nudo en la garganta.

—¿Murió en tu casa? —preguntó Reb.

—Aquella misma noche; delante de mis ojos dejó de respirar. Pero antes de morir pronunció unas palabras que me marcaron para siempre: «De qué sirve que ganes el mundo si pierdes tu alma».

—No lo entiendo —dijo *Recolector*.

—Lo único que poseemos es nuestra dignidad; otros lo llaman alma, esencia, o ser. El dinero fácil, la explotación de los demás, estaba terminando con mi ser interno. Una gran sima emocional se había creado entre el resto del mundo y yo. Entonces empecé a verlo todo de otra manera. Pregunté a los padres fundadores por qué había diferentes niveles; tampoco entendía por qué se engañaba a la gente haciéndola vivir en ese mundo de fantasía. Me respondieron que no me

incumbía a mí entender las leyes, que el sistema era el único que garantizaba la felicidad y permitía que la humanidad sobreviviera.

Yo pensaba que nosotros habíamos sufrido esas mismas injusticias mucho tiempo después. Nadie quería rebelarse, pero la luz tiene que disipar las tinieblas: esa es su función. No pudimos consentir la injusticia, la maldad, la mentira, mirar a otro lado como si nada sucediera.

—Entonces convencí a muchos para que se desconectaran —añadió Charly—. El grupo empezó a ser conocido como los *relatores*. Nos dedicábamos a leer y memorizar libros, y después los compartíamos con la gente. Les decíamos que no hacía falta que estuvieran todo el tiempo en un mundo virtual. Muchos nos hicieron caso, pero las autoridades nos persiguieron, y llevaron a cabo muchas detenciones. Algunos *relatores* pagaron con su vida. Pero nuestro mensaje de esperanza continuó extendiéndose. Entonces decidimos marcharnos. Les pedimos que nos dejaran ir, pero al principio se opusieron.

Ignorábamos aquella historia. En los vídeos y las lecciones de la escuela se distorsionaba la verdad, incluso se ocultaba sin más. Por eso era tan emocionante escuchar a un testigo que vio cómo habían sido realmente las cosas.

—Cuando vieron que éramos muchos, pensaron que era mejor dejarnos ir, aunque eso produjera una ola de abandonos. Salimos de la cúpula una mañana. Era digno de verse: miles de personas de todas las edades y categorías, unidas como un solo pueblo... Caminamos durante dos días hasta las afueras de Los Ángeles. Entonces un ejército de drones, androides y humanos nos atacó. Nosotros apenas teníamos armas, pero tratamos de protegernos formando un círculo. Los hombres en primera línea con todo tipo de objetos defensivos, y dentro las mujeres, los ancianos y los niños.

—¿Os atacaron una vez que estuvisteis fuera de las cúpulas? —preguntó Coco.

—Sí, temían que volviéramos siendo más fuertes para atacarlos.

—Pero es injusto —dijo Coco, indignada—. Erais inocentes y estabais indefensos. No tenían derecho.

Los hombres pueden llegar a ser muy crueles, implacables, pero siempre hay quienes luchan por las grandes cosas de la vida, pensé mientras Charly hablaba.

—Estábamos acorralados. Algunos rezaban, otros lloraban de miedo, como niños. Muchos abandonaron las filas y echaron a correr, creyendo que podrían huir. El ataque fue despiadado y brutal. Los drones disparaban desde el aire y los androides atacaban en columnas, diezmando nuestra moral y fuerza. Aguantamos media hora, y todo parecía perdido. Entonces ocurrió algo inesperado.

—¿Qué? —preguntó *Recolector*, impaciente.

—Se desató un viento muy fuerte, tan potente que nos arrastraba. Las máquinas perdieron sus señales y empezaron a volverse locas. Los drones se precipitaron contra el suelo o unos contra

otros. Los androides se enfrentaron entre sí, despedazándose, mientras nosotros los mirábamos atónitos.

Nos quedamos boquiabiertos. Aquella historia parecía imposible. Una casualidad difícil de explicar.

—Fue un milagro —dijo por fin Sam.

—¿Un milagro? —preguntó Reb—. ¿Qué es eso?

—Un hecho inexplicable realizado a favor de los hombres —explicó Charly.

—Pero ¿quién es capaz de hacer algo así? —intervino Reb—. Solo es una casualidad.

—Los antiguos pensaban que había alguien capaz de hacer algo así —dijo Charly—. Lo llamaban Providencia, Ser o Dios.

—Nunca he escuchado nada semejante —confesó Reb—. Son ideas muy primitivas.

—Lo cierto es que algo o alguien paró a aquel ejército y pudimos llegar hasta aquí —resumió Charly.

—Pero ese alguien después permitió que os destruyeran —dijo *Recolector*.

—No sé. A veces, muchas de las cosas que nos pasan son el resultado de nuestras propias acciones y decisiones. En otros casos puede que simplemente sea el momento de que eso suceda —concluyó Charly.

La conversación terminó poco después. Estábamos agotados, pero cuando me tumbé apenas pude descansar. No se me iban de la cabeza las palabras de Charly. ¿Era verdad que alguien regía el destino de los hombres? ¿Qué fuerzas inexplicables nos dirigían, como en un videojuego? Tumbado solo, viendo el resplandor del fuego que se apagaba en la chimenea, deseé que fuera verdad. Una de las peores cosas que tenía el silencio, la desconexión del mundo virtual, era la soledad y la sensación de vacío. Un vacío que nada ni nadie parecía capaz de llenar.

Capítulo 17

No esperábamos el ataque, pero apenas habíamos empezado a cargar las provisiones y las armas cuando los primeros drones abrieron fuego. Nos habían encontrado, una vez más. Rápidamente nos refugiamos de nuevo en la cueva, pero si esperábamos demasiado, los androides nos cercarían allí mismo.

Comenzábamos a angustiarnos. Sam y *Recolector* querían salir e intentar llegar hasta el vehículo, aunque a Coco y a mí la idea nos parecía una locura.

—Nos os preocupéis —intervino Charly—. La cueva tiene una vía de escape, no es la primera vez que tengo que utilizarla.

—¿Una salida de emergencia? —pregunté.

—Antes era una mina. Para que los mineros pudieran escapar de los derrumbes o salir cuando la entrada principal se bloqueaba, abrieron una salida a poco más de tres millas.

Aquellas palabras devolvieron la tranquilidad a mis amigos, aunque yo entendí bien lo que suponían. Perderíamos nuestro medio de transporte, el agua y las provisiones. El viaje al norte sería más largo y peligroso, pero no nos quedaba más remedio que intentarlo.

Charly preparó mochilas con víveres y agua, unos planos de la zona y nuevas armas. Tendríamos alimento para una semana y agua para cuatro días, aunque nos aseguró que en las montañas podíamos conseguir agua con facilidad. Además, llamaríamos menos la atención si nos movíamos a pie. Yo era consciente de que ninguno de nosotros estaba acostumbrado a largas caminatas. Nuestra vida era sedentaria, y nunca habíamos experimentado el calor o el frío extremos, el hambre o las inclemencias del tiempo. Pero confiaba en nuestra capacidad de lucha. El ser humano siempre se supera a sí mismo. Cuanto mayores son las dificultades y los retos a los que uno debe enfrentarse, más se incrementa su capacidad de resistencia.

Entramos en el túnel después de que Charly bloqueara las puertas de acero de la cueva. Confiábamos en que al menos resistieran las dos horas que nos llevaría encontrar la salida.

La primera parte del túnel estaba iluminada por lámparas. Tenía una buena altura y

caminábamos sin dificultad. Después tuvimos que avanzar sin luz, y el túnel cambió. Se hizo cada vez más angosto, y nos vimos obligados a caminar agachados. Una corriente de agua subterránea nos anegaba los pies, dificultando la marcha.

—No puedo continuar —confesó Coco.

Me acerqué a ella e intenté que siguiera caminando, pero parecía sufrir un ataque de pánico.

—Imagina que es un videojuego —la animé—. No pienses en lo que queda, solo concéntrate en el siguiente paso.

—No puedo. Estoy mareada y quiero vomitar.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando comenzó a vomitar sobre el agua. Los demás se detuvieron para ver qué ocurría.

—Seguid, en un momento os alcanzaremos —dije.

—Más adelante el camino se bifurca —reveló Charly—, pero continuad por la derecha.

—Está bien —dije.

Miré a Coco, que estaba pálida. Le ofrecí agua y esperé a que se recuperara.

—¿Estás bien?

—Sí, ya me encuentro mejor —dijo Coco, mirándome a los ojos.

De pronto escuchamos un ruido a nuestras espaldas. Los androides nos pisaban los talones. Corrimos hasta la bifurcación del túnel. Dudé un momento, pero al final seguimos el de la derecha.

Un par de impactos en la pared iluminaron el túnel, y avanzamos con todas nuestras fuerzas. Por fin alcanzamos a nuestros amigos.

—Subid por esta escala —dijo Charly, señalando unas muescas rudimentarias en la pared.

—Los androides están muy cerca —le advertí.

—Os cubriré mientras salís a la superficie —dijo Charly.

—No —rechacé—. Nos quedaremos contigo.

—Debéis ponerlos a salvo. Yo ya he vivido suficiente. Todos estos años me he preguntado qué sentido tenía mantenerme con vida; ahora ya lo sé. Estaba destinado a ayudarlos. Nuestra vida siempre tiene un motivo, formamos parte de un plan mayor que se escapa a nuestra comprensión...

La pared de roca recibió varios impactos y el sonido se amplificó. Ya llegaban.

—¡Rápido! ¡Subid! —gritó Charly.

El primero en encaramarse fue Sam, después lo siguieron Reb y *Recolector*, y por fin nos llegó el turno a Coco y a mí. Mientras ascendíamos por aquella especie de tubo excavado en la montaña, los disparos se oían más cercanos, más potentes. Si llegaban a la posición de Charly, seríamos un blanco fácil para los androides.

Tardamos casi diez minutos en llegar a la superficie. Sam empujó una pesada tapa disimulada con tierra y salió con rapidez. Los demás lo seguimos, y nos dispersamos por los alrededores.

Cuando recuperé el aliento, me acerqué a la salida y llamé a Charly, sin obtener respuesta. De pronto, los disparos resonaron por el túnel.

—Creo que ha muerto —dijo Sam.

—Pues los drones no tardarán en subir —advirtió *Recolector*, poniéndose en pie.

—Será mejor que sellemos el túnel —propuso Sam. Después, extrajo de la mochila dos bombas de mano, quitó las anillas y las arrojó por el tubo. Sonaron dos explosiones, y una nube de polvo y humo salió del agujero. Nos apartamos, asustados; cuando nos volvimos a asomar, las paredes del túnel se habían venido abajo, taponando la salida.

Aturdidos, emprendimos la marcha hacia el norte. Nunca habíamos visto morir a nadie. Los jubilados tenían sus propias cúpulas, por eso apenas veíamos a gente mayor de cincuenta años. La muerte era un tabú al que rara vez hacíamos referencia.

En apenas unos días, todas nuestras certezas se habían desmoronado, como si nunca hubiera habido nada estable. Parecía que todos esos años habíamos vivido una fantasía que estaba a punto de terminar para siempre.

Capítulo 18

Caminamos sin descanso durante cinco horas. Queríamos alejarnos de allí y evitar que los drones nos detectaran. Afortunadamente no llevábamos aparatos electrónicos, y eso dificultaba nuestra localización. El sol nos golpeaba con fuerza cuando llegamos a la carretera 91. La interestatal 5 era la ruta más corta, pero también, imaginábamos, la más vigilada. Optamos por dar un rodeo a través de la carretera 57 y tomar la interestatal 210. Nos llevaría cinco días llegar a nuestra antigua cúpula y casi dos semanas ir más al norte, al lugar que Charly nos había revelado.

La única forma de adelantar tiempo era conseguir un vehículo, pero los viejos automóviles estaban inservibles. Años de abandono los habían destruido. Además, no sabíamos si los drones nos seguían aún el rastro. Tal vez era más seguro alejarnos a pie, sin exponernos a ser demasiado localizables.

Anochece cuando llegamos a la interestatal 210. Cerca estaba Azusa, un viejo pueblo de Los Ángeles. Buscamos refugio en una vieja iglesia que aún se mantenía en pie. Acomodamos los sacos de dormir sobre los bancos, y tomamos una cena frugal.

—Estoy agotado —dijo Sam.

—Me duelen mucho los pies —se quejó Reb.

—Creo que no resistiré otro día más así —confesó Coco, apoyada en el respaldo de su banco.

—Poco a poco, el camino nos endurecerá —afirmé—. En unos días llegaremos a las afueras de San Francisco. Será peligroso, tendremos que pasar entre varias cúpulas.

—Tal vez deberíamos regresar y advertir a Norma del peligro que corre viviendo en las cúpulas —dijo Reb.

—Elegió quedarse —refunfuñó *Recolector*.

—Sí, pero también se comprometió a mantener nuestros hologramas —protestó Reb—. Al quedarse corría el mismo peligro que nosotros.

—Pues no debió hacerlo muy bien —le reprochó *Recolector*—, porque tenemos detrás a todo un ejército de androides.

—Todos tenemos amigos en la cúpula —zanjó Coco—, pero ya no podemos hacer nada por ellos. Si logramos encontrar a los *relatores*, seguro que nos ayudarán a liberarlos.

Dudaba de que los *relatores* se arriesgaran a enfrentarse a los ejércitos de las cúpulas, pero no quería desanimar con mis comentarios al resto del grupo.

—¿En qué piensas, Dan? —preguntó Coco—. Estás muy callado.

—Pienso que debemos alegrarnos de estar vivos y preocuparnos solo del día a día. La vida en el exterior de las cúpulas es difícil. Hay peligros reales, es muy difícil conseguir alimentos y

agua, y tampoco tenemos transporte. Creo que el hecho de haber llegado hasta aquí ya es motivo suficiente de agradecimiento.

—Tienes razón —reconoció Coco.

Todos asintieron. Pero el ambiente se enfrió, y poco después cada uno se acomodó en su saco para tratar de descansar un poco. Estuve un buen rato sin poder pegar ojo, así que me levanté con la idea de dar una vuelta por el edificio.

Al fondo vi una plataforma agujereada con un púlpito, que era lo poco que quedaba en pie. En el suelo había libros que al recogerlos se deshacían en las manos. Entré en una sala que había en la parte de atrás y vi una pequeña biblioteca, aunque la mayoría de los libros estaban rotos o quemados. Uno, sin embargo, parecía conservarse en buen estado. Era pequeño, de apenas unos centímetros. Al abrirlo me sorprendieron sus páginas finas y amarillentas. Fijé mis ojos en unas palabras que de repente parecieron tener mucho significado para mí:

Así dice el Señor que te creó,
que te formó desde el seno materno, y que te ayudará:
«No temas, Jacob, siervo mío,
ni tú, Jesurún, a quien he escogido».

No comprendía bien las palabras, pero por alguna misteriosa razón pensaba que estaban dirigidas a mí. Un escalofrío me recorrió la espalda, y me acordé de las palabras de Charly. Para él todo estaba determinado: formábamos parte de un plan, y cada uno de nosotros era una pieza clave. Me guardé el libro en el bolsillo y volví a dormir con los demás, aunque aquellas palabras me rondaron todo el tiempo por la cabeza. No imaginaba que nadie pudiera crear nada, sino que todo había sido el producto de un millón de casualidades, que el ser humano era el resultado de miles de combinaciones fallidas, hasta que una de ellas logró acertar. Sobre todo me habían impactado las últimas palabras: no debía tener miedo. Era un escogido. Por alguna razón era un visionario o vidente. Podía ver lo que otros no lograban percibir. Una dura carga que llevar, pero también un don con el que poder cambiar las cosas.

Capítulo 19

Por la mañana nos dimos prisa en desayunar. Caminamos durante todo el día y por la tarde llegamos a las proximidades de Pasadena. Las montañas estaban a nuestras espaldas y la ciudad parecía mejor conservada que todas las que habíamos visto. Buscamos agua y comida, pero sin éxito. Después llegamos al centro de la ciudad. Allí parecía haber muchas más cosas en buen estado.

—Será mejor que nos dividamos en dos grupos —propuse—. Así podremos encontrar más cosas.

—No me gusta que nos separemos —alertó Coco.

—En una hora nos reuniremos de nuevo aquí. Me gustaría que llegáramos a Pacoima, y todavía nos queda un largo camino.

—Yo iré con *Recolector* —dijo Sam.

—Pues yo con las chicas —añadí.

Nos separamos, y durante un par de horas buscamos cualquier cosa que pudiera servirnos. Encontramos un abrelatas, latas de conservas en buen estado y poco más. Luego nos dirigimos al punto de encuentro a esperar a nuestros amigos. Unos minutos más tarde oímos el sonido de un motor, y nos ocultamos detrás de unos árboles caídos. Una furgoneta gris entró en la plaza a toda velocidad, derrapó y se detuvo justo en el lugar en el que habíamos quedado.

Sam y *Recolector* salieron sonrientes de la furgoneta y miraron a un lado y a otro. Entonces dejamos nuestro escondite y nos acercamos. Estábamos sorprendidos por nuestra buena suerte.

—Lo hemos encontrado en un edificio cercano —dijo Sam—. Era un viejo concesionario de coches. Todos los vehículos estaban en mal estado, pero este estaba en el garaje con una lona por encima. Solo hemos tenido que echarle gasolina.

—Creemos que ya podemos arriesgarnos a esto— añadió *Recolector*.

—¡Es increíble! —exclamé, entusiasmado—. No esperaba que lográramos hacernos con uno.

—Además hemos conseguido mucha gasolina —añadió Sam, radiante.

Dejamos las pesadas mochilas en el maletero, quitamos los plásticos de los asientos y comprobamos lo mullidos y cómodos que eran. Tras dos días de caminatas interminables, una furgoneta como esta nos parecía un regalo del cielo.

Sam condujo las primeras millas. Tardamos dos horas en llegar a Bakersfield, y una vez allí nos dirigimos al norte por la carretera 58. Pensábamos hacer noche a las afueras de la ciudad antes de poner rumbo a Sacramento, evitando San Francisco y nuestra vieja cúpula.

Cenamos en un viejo parque, junto a Bakersfield. La noche era clara y hacía una temperatura

perfecta, aunque, a medida que pasaban las horas, empezó a refrescar. Después de cenar las latas que habíamos conseguido aquella tarde, nos sentamos a contemplar el firmamento. En las cúpulas, los reflejos del campo magnético no dejaban ver bien las estrellas. Aquel maravilloso espectáculo nos dejó extasiados. Las chispeantes estrellas nos hicieron sentir insignificantes, pequeñas gotas en un inmenso océano. Nuestras preocupaciones y dificultades desaparecían ante la magnitud del universo.

Me puse en pie y decidí dar un pequeño paseo. El aroma de las flores embriagaba mis sentidos, acostumbrados a los jardines virtuales y a las alteraciones genéticas.

—¿Puedo pasear contigo? —dijo una voz a mi espalda.

—Sí, claro.

—Hace una noche increíble —dijo Coco—. Esta paz, este firmamento infinito que parece que nos envuelve... Tal vez te parezca absurdo, pero me siento muy feliz —concluyó, un poco avergonzada.

—¿Por qué me iba a parecer absurdo? La mayoría de las veces la felicidad se compone de estos pequeños momentos. Es mejor que los atrapemos, sentir que nada puede arrebatarnos nuestros recuerdos.

—Los recuerdos son algo misterioso. Hasta hace unos días apenas les daba importancia. Al estar conectada las veinticuatro horas te convences de que solo hay presente. El pasado se disipa como una niebla repentina, y el futuro simplemente no existe. Ahora que pienso por mí misma y tengo la mente despejada, los recuerdos vuelven para hacerme sentir viva. Ahora veo que mientras estaba conectada, a pesar de experimentar tantas sensaciones artificiales, me sentía desdichada. Aunque esperaba impaciente la última versión de mi juego preferido o las nuevas canciones de mi cantante favorita, enseguida me aburría. Nada me llenaba. En cierto sentido, ni siquiera me sentía yo misma. Ahora todo es muy distinto —y en ese momento, Coco me cogió de la mano.

Noté un escalofrío por la espalda. Muchas veces había fantaseado con pasear de la mano con Coco, pero ahora que estaba sucediendo de verdad apenas podía creérmelo.

—Cuando comencé a ver la realidad —dije—, quería ser como los demás. Pensaba que si era distinto todos me rechazarían. Pero sobre todo sentí miedo. Te parecerá una tontería.

Coco apoyó su cabeza en mi hombro y noté su aliento en mi cara. Por un instante sentí que éramos una única persona y que permaneceríamos así eternamente.

—Todos tenemos miedo a que nos rechacen, por eso hacemos muchas cosas que en realidad no sentimos —dijo.

—Bueno, ahora tenemos una segunda oportunidad. Aquí no existe Life System ni ese mundo creado artificialmente, y la realidad es mucho más emocionante que todas aquellas aventuras falsas.

Nos acercamos a un pequeño lago. Tenía un puente de madera que todavía resistía en pie; las

plantas cubrían los restos de un pequeño sendero de baldosas. Sobre el puente, abrazados, contemplamos el firmamento. La luna menguante hacía que la luz de las estrellas pareciera más nítida. Me recordó el complejo sistema de Virtual Life: para que nadie se viera en su verdadera esencia, todo debía estar oculto bajo un inmenso y resplandeciente escenario de luz y color. Mantener la ficción de ese escenario hacía que la mayoría de la gente continuara su camino inevitable hacia la destrucción de sí mismos, como los niños en el viejo cuento del flautista de Hamelin.

Capítulo 20

Amaneció despejado, pero a las pocas horas empezó a caer una lluvia torrencial que anunciaba el inicio de la época de lluvias. Tras el cambio climático solo había dos estaciones: la seca y la de lluvia. La estación de lluvias se prolongaba seis meses, aunque a veces había días claros u otros en que apenas caía una gota. Pero al principio, al estar todo tan seco, solía llover casi un mes seguido, lo que terminaba inundándolo todo y convirtiendo secos cauces en peligrosos ríos. Casi todos los puentes se habían venido abajo, por lo que era mejor que nos diéramos prisa. Dos semanas más y muchos de los caminos serían impracticables.

Por la tarde llegamos a Modesto, situado al este de San José y muy cerca de San Francisco. En aquella zona, además de nuestra cúpula y la de Silicon Valley, había otras cuatro más: Lafayette, San Rafael, Santa Rosa y Napa, ubicadas en las principales rutas que llevaban hacia el norte. Teníamos que andar con mucho cuidado. Trenes de alta velocidad recorrían las cúpulas de trabajo y también había carreteras cubiertas en las pequeñas cúpulas de los *ciudadanos*, que ellos llamaban granjas.

—Creo que desde Modesto es mejor seguir a pie —advertí mientras seguíamos por la carretera 99.

—Es una locura ir al norte en plena estación de lluvias sin un vehículo —dijo Sam—. No olvides que más allá de Eureka podemos encontrar nieve.

—Ya, pero en cuanto nos aproximemos con este coche, los drones nos localizarán. Sus radares no paran de buscar objetos sospechosos.

—Lo podemos someter a votación —propuso Reb.

—¿A votación? ¿Os habéis vuelto locos? —protesté—. No podremos pasar las cúpulas en este coche.

Insistí, pero decidieron votar. Coco fue la única que me apoyó.

Continuamos hasta Stockton para tomar carreteras secundarias que nos ayudaran a evitar las cúpulas. En Sacramento nos dispusimos a pasar una noche tranquila cerca de un viejo centro comercial. Las cúpulas estaban a pocas millas, y en cualquier momento un dron podría sobrevolar nuestras cabezas.

Tras la cena, nos sentamos un rato para descansar. A veces apenas hablábamos; nos limitábamos a estar en silencio y disfrutar de la compañía de los otros. Desde que estábamos desconectados apreciábamos mucho la quietud y la tranquilidad.

—Creo que esta noche es mejor que montemos guardia —propuse.

—Sí —aceptó Sam—. Si quieres, hago yo el primer turno.

—Vale, y yo el segundo —añadí.

Dormía cuando Sam me sacudió el hombro para el relevo. Me costó reaccionar, pero cogí mi arma y, tapado con una manta, intenté soportar el aguacero que caía sobre nosotros.

Estaba aún adormilado por el sonido de la lluvia sobre el techo de la furgoneta cuando vi una luz roja. Intenté ver algo más, pero me lo impedían las gotas que inundaban el parabrisas. Salí de la furgoneta y miré de nuevo al cielo. Otra luz parpadeó y vi algo que se aproximaba.

Entré en la furgoneta y comencé a gritar.

—¡Un dron! ¡Salid enseguida!

De pronto, un gran foco nos deslumbró. Aturdidos, paralizados por el miedo, miramos a la luz. Nos habían descubierto, y aquellas inmensas máquinas nos apuntaban con sus armas láser.

—¡Corred! —grité.

—No, nos atraparán como a conejos —dijo Sam—. Los despistaremos con la furgoneta.

—¡No, nos matarán! —volví a gritar, pero Sam arrancó el motor y pisó el acelerador a fondo.

No sabía qué hacer. Si permanecíamos en la furgoneta, los drones podrían dispararnos, pero si el vehículo ganaba mucha velocidad y me tiraba, moriría. Debía tomar una decisión lo antes posible, y convencer a mis amigos para que me siguieran.

—Voy a saltar —grité—. Los drones nos destruirán antes de que salgamos de la ciudad.

Ninguno de mis amigos reaccionó, así que apreté un botón y la puerta se abrió. El aire fresco y la lluvia entraron con fuerza. Miré a la carretera y luego salté.

Mientras rodaba por el suelo miré para comprobar si alguno de mis amigos me había seguido. Solo vi otro cuerpo caer. Me incorporé y corrí hasta el lugar donde se había quedado. Estaba en mitad de la carretera, en posición fetal. Le sacudí el hombro, y entonces giró la cabeza. Era *Recolector*, que a pesar del dolor y del miedo que sentía me sonrió.

La furgoneta se alejaba a toda velocidad. En ese momento, uno de los drones abrió fuego y las ruedas delanteras estallaron. El vehículo perdió el control y volcó. Impotentes, le vimos dar tres vueltas de campana hasta chocar con la mediana. Corrimos hasta allí, pero una nave híbrida aterrizó junto a la furgoneta, y de ella descendieron dos soldados y una docena de androides. Estábamos demasiado lejos: vimos cómo sacaban tres cuerpos de los restos de la furgoneta, los introducían en su nave, cerraban la escotilla y ascendían de nuevo. Ni siquiera supimos si nuestros amigos estaban vivos o muertos.

Nos ocultamos en un lado del camino, junto a los restos de un coche, mientras los drones revisaban todo el perímetro. Cuando los artefactos voladores se fueron, salimos de nuestro escondite. Estábamos asustados y tristes, y apenas hablamos.

Caminamos dos horas bajo la lluvia, y después entramos en una casa y nos acurrucamos en el suelo. Al poco nos dormimos, agotados. Estábamos solos, sin coche, y nuestros amigos, vivos o muertos, estaban en manos de los doctores y los *ciudadanos*. Nuestros planes se habían ido al

traste. Solo podíamos esperar a que llegara el día. Tal vez con la luz pudiéramos aclarar todas nuestras tinieblas.

Epílogo

Tenía un fuerte dolor de cabeza. Intenté levantarme, pero mis huesos crujían. El frío suelo del edificio y las magulladuras del día anterior me habían dejado el cuerpo molido. Mi estado de ánimo era mucho peor. *Recolector* y yo estábamos solos. Nuestros amigos habían muerto o estaban retenidos.

Recolector se estiró y miró por la sucia ventana.

—Sigue lloviendo —dijo mientras se ponía el abrigo.

—¿Adónde los habrán llevado? —pregunté.

—A cualquier sitio, aunque lo más seguro es que estén en nuestra cúpula.

—Será mejor que regresemos. Si suplicamos, quizá nos perdonen y nos dejen irnos con los demás.

—No tendrán compasión. Sabemos lo que hay por debajo de su vida perfecta. En cuanto nos capturen, nos enviarán a un centro de reeducación. O tal vez nos eliminen.

—No me importa morir. Los buscaremos y los sacaremos de la cúpula.

—¡Te has vuelto loco! Solo conseguirás que nos maten a los dos —protestó *Recolector*, intentando hacerme entrar en razón.

Me senté con las piernas cruzadas y me tapé la cara con las manos. Tenía ganas de llorar y quería rendirme, pero debía ser fuerte. A lo largo de aquellos días había aprendido que nuestro destino estaba escrito, que algún tipo de poder superior regía nuestra vida. Si tenía una misión, debía llevarla a cabo sin temor.

—No podemos irnos sin ellos —afirmé por fin—. Forman parte de nuestra misión; son nuestros amigos. Los rescataremos. No importa lo que cueste —añadí con tal convencimiento que *Recolector* me miró, sorprendido.

Sabía que mi amigo me seguiría a donde quiera que fuese. Apreté el libro que guardaba en el bolsillo y recordé las palabras que había leído en él. No debía temer nada. Si había logrado salir de las cúpulas, encontraría la manera de entrar de nuevo en ellas.

Saga Virtual Life 2

Relatores

(próximamente)

Dan y *Recolector* son los únicos que han logrado escapar de las garras de Life System. Deben escoger entre rescatar a sus amigos o llegar al lugar donde se refugian los *relatores*. Será una decisión difícil de sopesar, sobre todo cuando Dan se entere de que sus padres están en peligro debido a sus decisiones.

¿Se enfrentará Dan a su destino? ¿Regresará a la cúpula para salvar a sus amigos?
Muy pronto sabrás la respuesta.

www.marioescobar.es